

WILKIE COLLINS

**PROFUNDIDADES
HELADAS**



Lectulandia

En un baile magnífico, Clara Burham conoce a Frank Alderley de quien queda profundamente enamorada. ¿Cómo se lo explicará a Richard Wardour, su pretendiente que acaba de regresar de la India para pedirla en matrimonio? ¿Cómo reaccionará éste al encontrarse cara a cara con Frank Alderley? ¿En qué extraordinarias circunstancias tendrá lugar el enfrentamiento entre los dos amantes? ¿Podrán regresar a su patria los tripulantes del Wanderer y del Sea-Mew?

PROFUNDIDADES HELADAS es un libro poco habitual en la obra de Wilkie Collins. Concebido inicialmente como pieza dramática, dado el éxito alcanzado en Inglaterra y los Estados Unidos, fue desarrollado en forma de narración breve por su autor a petición de sus lectores.

Lectulandia

Wilkie Collins

Profundidades heladas

ePub r1.1

Oxobuco 14.08.13

Título original: *The Frozen Deep*

Wilkie Collins, 1857

Traducción: Rebeca Bouvier

Editor digital: Oxobuco

Colaboración especial: hofmiler

Corrección de erratas: Oxobuco

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

THE FROZEN DEEP.

IN REMEMBRANCE
OF THE LATE MR. DOUGLAS JERROLD.

FREE TRADE HALL.

UNDER THE MANAGEMENT OF MR. CHARLES DICKENS.

On FRIDAY Evening, Aug. 21,
and on SATURDAY Evening, Aug. 22, 1857,

AT EIGHT O'CLOCK EXACTLY,

Will be presented an entirely new Romantic Drama,
in three Acts, by

MR. WILKIE COLLINS,

CALLED

THE FROZEN DEEP.

The Overture composed expressly for this Piece by Mr. FRANCESCO
BERGER, who will conduct the Orchestra.

*The Dresses by MESSRS. NATHAN, of Titchbourne Street, Haymarket, and
MISS WILKINS, of Carburton St., Fitzroy Square. Perruquier, MR.
WILSON, of the Strand.*

| | | |
|----------------------|-----------------------------------|---|
| CAPTAIN EBSWORTH | (of the "Sea-Mew") | MR. EDWARD PIGOTT. |
| CAPTAIN HELDING | (of the "Wanderer") | MR. ALFRED DICKENS. |
| LIEUTENANT CRAYFORD | | MR. MARK LEMON. |
| FRANK ALDERSLEY | | MR. WILKIE COLLINS. |
| RICHARD WARDOUR | | MR. CHARLES DICKENS. |
| LIEUTENANT STEVENTON | | MR. YOUNG CHARLES.* |
| JOHN WANT | (Ship's Cook) | MR. AUGUSTUS EGG. |
| BATESON | } (two of the "Sea-Mew's" people) | { MR. SHIRLEY BROOKS, MR. CHARLES COLLINS. |
| DARKER | | |

(OFFICERS AND CREWS OF THE "SEA-MEW" AND "WANDERER.")

| | | |
|----------------|--|---------------------|
| MRS. STEVENTON | | MRS. GEORGE VINING. |
| ROSE EBSWORTH | | MISS ELLEN SABINE. |
| LUCY CRAYFORD | | MISS ELLEN TERNAN. |
| CLARA BURNHAM | | MISS MARIA TERNAN. |
| NURSE ESTHER | | MRS. TERNAN. |
| MAID | | MISS MEWTE. † |

The Scenery and Scenic Effects of the First Act, by Mr. TELRIN.

The Scenery and Scenic Effects of the Second and Third Acts,
by Mr. STANFIELD, R.A.

* A facetious nickname, invented by Dickens for his eldest son.

† Another nickname by Dickens for a young lady who had nothing to say.

INTRODUCCIÓN

A propósito de las aventuras y transformaciones de “Profundidades Heladas”

Durante el año 1856 escribí una obra de teatro titulada *The Frozen Deep* (Profundidades Heladas).

La obra fue interpretada por actores aficionados en la casa del difunto Charles Dickens, el 6 de enero de 1857. El señor Dickens en persona interpretó el papel principal —lo hizo con una realidad, una fuerza y una pasión que nunca olvidarán aquellos que tuvieron la suerte de presenciarlo—. Los demás personajes de la historia fueron representados por las mujeres de la familia Dickens, por el difunto Mark Lemon (editor de *The Punch*), por el difunto Augusto Egg, por R. A. (el artista) y por el que esto escribe.

La última representación de *The Frozen Deep* (realizada por una compañía de aficionados) tuvo lugar en The Gallery of Illustration, en Regent Street, ante la Reina y la familia Real, bajo la dirección de la propia Reina. Después de esta representación especial, siguieron otras, primero en The Gallery of Illustration y, más tarde (con actores profesionales), en algunas de las principales ciudades de Inglaterra, para beneficencia de la familia de un querido amigo nuestro que murió en 1857, el difunto Douglas Jerrold. En Manchester, la obra tuvo que ser representada dos veces en el transcurso de una noche, en presencia de trescientos espectadores. Esta fue, creo, la mejor representación de *The Frozen Deep*. La extraordinaria inteligencia y el entusiasmo del auditorio nos estimularon a hacerlo lo mejor posible. Dickens se superó a sí mismo. Una frase tan trillada como la que sigue es la que mejor define su actuación: electrizó, literalmente, al auditorio.

Ahora presento, como una curiosidad que puede ser apreciada por mis lectores habituales, una porción de la obra original puesta en escena en Manchester. Para mí se ha convertido en uno de mis mejores recuerdos. De los nueve actores aficionados que hicieron los papeles masculinos (uno de ellos era mi hermano y el resto mis mejores amigos), sólo dos de ellos, aparte de mí mismo, están vivos: Mr. Charles Dickens Jr. y Mr. Edward Pigott.

Una vez acabadas las representaciones en provincias, pasaron cerca de diez años antes de que los focos volvieran a iluminar *The Frozen Deep*. En 1866 acepté una propuesta de Mr. Horace Wigan para producir la obra (con algunas modificaciones y añadiduras) en una sala pública: The Olympic Theatre, Londres.

La primera representación tuvo lugar (mientras yo me encontraba ausente de Inglaterra) el veintisiete de noviembre del mencionado año. Mr. Neville realizó el papel que encarnara Dickens.

Siete años después de la representación de The Olympic Theatre, *The Frozen*

Deep alcanzó todavía más éxito en otro lugar que no es Inglaterra, bajo una forma totalmente nueva.

Los otoños e inviernos de 1873-75, muy agradables para mí, los pasé viajando por los Estados Unidos de América; recibí del generoso pueblo de este gran país una acogida tan espléndida y agradable, que no la olvidaré en el resto de mis días. Durante mi estancia en América, leí en público en las principales ciudades una de mis novelas cortas llamada *La Dama del Sueño*. Al concluir mi gira en Boston, mis amigos me aconsejaron que diera, si era posible, una atracción especial a mi despedida de América presentando a mis auditores un nuevo trabajo.

Con este objeto, y disponiendo de poco tiempo, me acordé de *The Frozen Deep*. La obra no había sido publicada nunca, por lo que decidí reescribirla en forma de narración para el público que me escuchaba. La experiencia resultó ser mucho más exitosa de lo que pudiera prever. Con dos horas de duración, el transformado *Frozen Deep* atrajo desde el principio hasta el final el interés y las simpatías del auditorio. Espero tener otras oportunidades de leerlo en público, en mi propio país, como ocurrió en los Estados Unidos.

Últimamente he recibido, tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos, varias propuestas para publicar mis «lecturas» y ahora empiezo con *The Frozen Deep*. Las historias que he entregado a la imprenta son, en todo caso, considerablemente más largas que las que yo leí. Las limitaciones del tiempo, en el caso de dirigirse a un público que te está escuchando, hacen que necesariamente se tenga que abreviar el desarrollo del carácter e incidentes, que sin embargo resulta esencial en la presentación de un trabajo en su forma literaria.

Sólo debo añadir, en favor de aquellos que vieron y que no han olvidado la obra teatral, que la versión en narrativa de *The Frozen Deep* se halla lejos del tratamiento de la historia en la primera escena de la versión dramática aunque (salvo una excepción en la escena tercera) sigue la obra lo más fielmente posible en las escenas siguientes.

W. C.

I

EL BAILE

Lo que vamos a referir ocurrió en un puerto inglés hace ya bastantes años.

El alcalde y el Ayuntamiento de aquella ciudad dieron un gran baile nocturno para despedir a los miembros de una expedición ártica. Dos barcos estaban dispuestos para zarpar al día siguiente, con la marea matutina, en busca del paso del Noroeste. Estos barcos eran el «Wanderer» y el «Sea-Mew».

Fue un baile magnífico, con banda completa, celebrado en un salón espacioso que comunicaba con un invernadero, también de grandes proporciones, decorado con flores y macizos y alumbrado con linternas chinas.

Hicieron las señoras un asombroso alarde de elegancia, y en cuanto a belleza, lograron alcanzar una proporción extraordinaria, acaso la mayor a que en estas fiestas se haya llegado.

En el momento que nos referimos se bailaba una «quadrille», y la admiración general recaía sobre dos damas que en ella tomaban parte. La una, belleza morena, en la flor de la feminidad, era la mujer del primer oficial del «Wanderer», Crayford; la otra, una muchacha pálida y delicada, sencillamente vestida de blanco y sin otro ornamento en su cabeza que una magnífica cabellera color de caoba, era miss Clara Burham, una huérfana, íntima amiga de mistress Crayford, que iba a vivir con ella durante la ausencia del teniente en las regiones árticas. Bailaba con el propio Crayford, y tenía como «vis-á-vis» a la esposa de éste y al capitán Helling, oficial, comandante del «Wanderer».

La conversación entre el capitán y la señora de Crayford, en uno de los intervalos de la danza, versaba sobre miss Burham. El capitán estaba grandemente interesado por ella; admiraba su belleza, pero le parecía que sus maneras, para una joven, eran extrañamente graves y melancólicas.

—¿Está delicada de salud?

La señora de Crayford asintió con la cabeza, suspirando misteriosamente, y dijo:

—«Muy» delicada de salud, capitán Helling.

—¿Enfermedad consuntiva?

—De ninguna manera.

—Me alegra oírlo. Es una criatura encantadora, mistress Crayford, que me interesa de una manera indecible. Si fuera yo veinte años más joven... Pero, como no lo soy, valdrá más no terminar la sentencia... ¿Es indiscreto preguntar qué le ocurre?

—Podría serlo de parte de un extraño —dijo la señora Crayford—, pero un antiguo amigo como usted puede hacer esas preguntas. Quisiera decirle qué le ocurre

a Clara, pero es un misterio hasta para los mismos médicos. Alguna parte del mal se debe, en mi humilde opinión, a la manera de haber sido educada.

—¡Hola! Mala escuela, supongo.

—Muy mala, capitán Helling. Pero no la clase de escuela en que usted piensa en éste momento. Los primeros años de Clara transcurrieron en una casa vieja y solitaria de los «Highlands», de Escocia. La gente ignorante que la rodeaba fue la que hizo el mal de que os hablo, llenando su mente de todas las supersticiones respetadas como verdades en aquel inculto país, especialmente la superstición llamada «la segunda vista».

—¡Dios me bendiga! —exclamó el capitán—. ¿No querrá usted decir que cree en semejantes tonterías? ¡En estos tiempos de progresos científicos!

Mistress Crayford mira a su pareja con irónica sonrisa.

—En estos tiempos luminosos, capitán Helling, creemos en mesas que giran y en mensajes enviados desde el otro mundo por espíritus que no pueden hablar. En comparación con estas supersticiones, ¿no cree usted que la de la segunda vista, por su forma poética, puede tener alguna ventaja? Juzgue usted por sí mismo el efecto de este ambiente en una criatura delicada y sensitiva, en una muchacha de temperamento imaginativo que ha llevado una vida solitaria y descuidada. ¿Es tan sorprendente que se haya contagiado de las influencias supersticiosas que la rodeaban? ¿Y es tan incomprensible que su sistema nervioso haya sufrido, en consecuencia, en un periodo tan crítico de su vida?

—No del todo, mistress Crayford; no del todo, al menos del modo en que presenta usted las cosas. Sin embargo, es aún algo extraordinario para un hombre vulgar, como yo, encontrar en un baile a una señorita que cree en la segunda vista, esto es, que cae en trance, ve a la gente de lejanos países y predice los acontecimientos. ¿No es ésta la segunda vista?

—Esa es la segunda vista, capitán. Y eso es, real y positivamente, lo que hace Clara Burham.

—¿La señorita que baila frente a nosotros?

—La señorita que baila frente a nosotros.

El capitán esperó un momento, para dejar que estos nuevos datos se asentaran firmemente en su imaginación. Cumplido este proceso mental, el explorador ártico prosiguió resueltamente en su camino de nuevos descubrimientos.

—¿Me permite otra pregunta, señora? ¿La ha visto usted alguna vez en estado de trance?

—Mi hermana y yo la vimos en ese estado hace poco más de un mes —contestó la señora de Crayford—. Estuvo nerviosa e irritable por la mañana, y la llevamos al jardín para que respirara el aire puro. Repentinamente, sin razón para ello, perdió el color. En un momento se encontró entre nosotras insensible al tacto y al sonido,

inmóvil como una piedra y fría como la misma muerte. El primer cambio que advertimos en ella vino después de un lapso de algunos minutos. Sus manos empezaron a moverse lentamente, como si estuviera tanteando en la oscuridad. Las palabras caían de su boca en un tono perdido, vacío, como se habla en sueños. Si lo que dijo se refería al pasado o al futuro, no lo sé. Habló de personas de un país extranjero, absolutamente desconocidas para mi hermana y para mí. Después de un pequeño intervalo quedó silenciosa. Reapareció momentáneamente el color de su cara y volvió tornarse pálida. Se cerraron sus ojos, le fallaron las piernas y cayó insensible en nuestros brazos.

—Cayó insensible en brazos de ustedes —replicó el capitán, absorbiendo estos nuevos informes—. ¡Cosa más extraordinaria! ¡Y en este estado de salud va a las fiestas y a los bailes! ¡Aún más extraordinario!

—Está usted completamente equivocado —dijo mistress Crayford—. Ha venido esta noche sólo por complacerme, y si baila es por dar gusto a mi marido, ya que es norma en ella huir de la sociedad. El doctor la recomienda cambio de aires y entretenimientos, pero no quiere escucharle. Exceptuando raras ocasiones, como ésta, persiste en quedarse en casa.

El capitán Helling se animó con la alusión al doctor. Algo práctico podría lograrse de él. Era un hombre de ciencia, y seguramente vería el caso bajo una nueva luz.

—¿Qué impresión tiene el doctor? —preguntó Helling.

—No ha dado ninguna impresión positiva —contestó la señora de Crayford—. Dice que casos como el de Clara no son, en manera alguna, extraños a la práctica médica. «Sabemos —añade— que ciertas condiciones de desorden del cerebro y del sistema nervioso producen resultados tan notables como los que usted me ha descrito, y aquí termina nuestro conocimiento del asunto. Ni mi ciencia ni la de ningún otro hombre puede aclarar el misterio en el caso presente, que es de un tratamiento especialmente difícil, porque las primeras asociaciones de ideas de miss Burham la predisponen a conceder una importancia supersticiosa a la enfermedad que sufre, histerismo, como algunos doctores la llamarían. Puedo dar a usted algunas instrucciones para preservar el estado general de su salud, y puedo recomendarle que pruebe a hacer algún cambio en su vida; pero procure usted primero librar su mente de cualquier secreta ansiedad que posiblemente la está minando.» Esto es lo que dice el doctor.

El capitán sonrió, en aprobación de sus propios pensamientos. El doctor había justificado sus previsiones, y al hacerlo había sugerido una solución práctica de la dificultad.

—¡Vaya, vaya! ¡Al fin hemos dado en el clavo! ¡Ansiedades, secretos! ¡Sí, sí! ¡Perfectamente claro! Una contrariedad amorosa, ¿eh, mistress Crayford?

—No lo sé, capitán Helling; estoy en la más completa oscuridad. La confianza de Clara en mí, en otros asuntos, es ilimitada; en éste de sus supuestas amistades es nula. En todo lo demás somos como hermanas. Algunas veces temo que verdaderamente haya alguna perturbación que mine secretamente su cerebro, y otras, también, me siento un poco dolorida de su incomprensible silencio.

El capitán Helling acudió en seguida a esta dificultad con su remedio práctico.

—Infundirla valor es todo lo que necesita. Estoy convencido de que este asunto depende enteramente de usted; todo él cabe en una cáscara de nuez. Anímela para que confíe en usted, y *confiará*.

—Espero para hacerlo, capitán, a que se quede sola conmigo, después que ustedes se hayan hecho a la vela para los mares árticos. Entretanto, ¿quiere usted considerar lo que le he dicho como una cosa absolutamente privada entre usted y yo? ¿Y me perdonará usted si le digo que el giro que el asunto ha tomado no me incita a proseguir tratándolo?

Aceptó el capitán la insinuación, e inmediatamente cambió de asunto, eligiendo algunos tópicos profesionales. Habló de barcos que habían recibido órdenes de salir para el extranjero, y como no lograra interesar a mistress Crayford, tomó el rumbo contrario, refiriéndose a barcos que tenían que volver al país. Esto último produjo un efecto con el cual el capitán no había contado.

—¿Sabe usted —empezó— que se espera de un momento a otro el regreso del «Atlanta» de la costa occidental de África? ¿Tiene usted algunos conocidos entre los oficiales de ese buque?

Ocurrió que estas preguntas fueron hechas a la señora de Crayford mientras estaban efectuando una figura del baile, lo cual hizo que fueran oídas por la otra pareja. En el mismo momento —con el mayor asombro de sus amigos y admiradores—, miss Clara Burham confundió a la «quadrille» equivocándose de figura. Todos esperaban verla deshacer el entuerto, pero no lo intentó siquiera. Se puso intensamente pálida y cogió a su pareja por el brazo.

—¡El calor! —dijo desmayadamente—. ¡Sacadme al aire libre!

El teniente Crayford, al instante, la llevó fuera del salón y la condujo al fresco y vacío invernadero, al final de la habitación, como era natural, el capitán Helling y mistress Crayford abandonaron la «quadrille» al propio tiempo. El capitán vio la oportunidad para una broma.

—¿Es que viene el trance? —murmuró—. Si es así, como comandante de la expedición ártica tengo que hacer un ruego particular. ¿Será tan amable la segunda vista que me haga ver la ruta más corta para el paso del Noroeste antes de dejar Inglaterra?

La señora Crayford declinó seguir el humor del capitán.

—Perdone usted que le deje —dijo tranquilamente—; quiero probar a ver si

averiguo lo que ocurre a miss Burham.

La señora de Crayford encontró a su marido a la entrada del invernadero. El teniente era de mediana edad, alto y bello, con una sencillez y amabilidad de maneras que le ganaba generales simpatías y una irresistible bondad en sus bravos ojos azules. En una palabra: un hombre a quien todos querían, incluso su mujer.

—No te alarmes —dijo el teniente—. El calor la ha vencido. Eso es todo.

Mistress Crayford sacudió la cabeza y miró a su marido entre cariñosa e irónica.

—¡Inocente!... Por mi parte, no creo una palabra de ello. Vete a buscar otra pareja y déjame con Clara.

Entró en el invernadero y se sentó al lado de la joven.

II

HISTORIA DE CLARA

—Vamos, querida mía —empezó mistress Crayford—, ¿qué le ocurre? ¿Qué significa esto?

—Nada.

—No puede ser. Dígame sin recelo.

—El calor de la habitación...

—Dígame que prefiere guardar su secreto, y entonces lo comprenderé perfectamente.

Los ojos tristes, de un gris pálido, de Clara se elevaron por primera vez hacia el rostro de su amiga, y de pronto los humedecieron las lágrimas.

—¡Sí me atreviera a decírselo! —murmuró—. ¡Tengo tanto miedo a perder la buena opinión que tiene usted de mi!

La actitud de la señora Crayford cambió.

Sus ojos se fijaron, graves y ansiosos, en la faz de Clara.

—Usted sabe tan bien como yo que nada puede hacer variar mi afecto hacia usted —dijo—. Haga usted justicia, hija mía, a su antigua amiga. No hay nadie que escuche lo que decimos. Ábrame su corazón, Clara. La veo a usted afligida, y quiero consolarla.

Clara empezó a ceder, o, lo que es lo mismo, a poner condiciones.

—¿Me promete usted guardar para todo el mundo el secreto de lo que yo diga?

Mistress Crayford respondió con otra pregunta:

—¿En ese «todo el mundo» está incluido mi marido?

—¡Su marido más que nadie! Le quiero y le reverencio. ¡Es tan noble y tan bueno! Si le dijera lo que voy a contar a usted, me despreciaría. Dígame claramente, Lucía, si le pido a usted mucho exigiéndola que guarde el secreto a su marido.

—¡Qué tontería, niña! Cuando usted se case comprenderá que a nadie se le oculta un secreto mejor que al marido. ¡Se lo prometo! ¡Ahora, empiece!

Clara dudaba dolorosamente.

—¡No sé cómo empezar! —exclamó en un arranque de desesperación—. No encuentro palabras para ello.

—Yo le ayudaré. ¿Se siente usted enferma esta noche? ¿Se encuentra usted tan mal como cuando salió con mi hermana y conmigo al jardín aquel día?

—No.

—No está usted enferma, no está afectada por el calor y, sin embargo, se ha puesto usted pálida como la cera y se ha visto obligada a abandonar, la «quadrille».

Indudablemente, hay una razón para ello.

—Hay una razón... El capitán Helling...

—Pero, ¿qué tiene que ver el capitán Helling con todo esto?

—Le ha dicho a usted algo acerca del «Atlanta»; le ha dicho que se esperaba su regreso inmediatamente.

—Bueno, ¿y qué? ¿Hay alguien en ese barco cuyo regreso le interese?

—Hay alguien cuya vuelta me aterra.

El asombro hizo aún más magníficos los ojos negros de mistress Crayford.

—¡Querida Clara! ¿Ha querido usted decir realmente lo que ha dicho?

—Aguarde usted un poco, Lucy, y juzgará por sí misma. Retrocedamos, si ha de entenderme usted, al año en que nos conocimos, a los últimos días de la vida de mi padre. ¿Le he dicho a usted que mi padre, por motivos de salud, se trasladó a una casa que en el condado de Kent le cedió un amigo suyo?

—No, querida. No recuerdo que me haya usted hablado de semejante casa de Kent. Dígamelo.

—No hay nada que decir, excepto esto. La casa estaba situada en el parque de una hermosa finca. El propietario de ésta era un caballero llamado Wardour, era uno de los amigos de mi padre en Kentish. Wardour tenía un hijo...

Hizo una pausa y comenzó a jugar nerviosamente con su abanico. Mistress Crayford la miraba atentamente. Los ojos de Clara permanecieron fijos en el abanico, y no decía nada.

—¿Cómo se llamaba el hijo? —preguntó calmamente mistress Crayford.

—Richard.

—¿Estoy en lo cierto al sospechar que míster Richard Wardour la admiraba a usted?

—Al principio me fue difícil saber si me admiraba o no. Era un hombre muy extraño. Terco, terriblemente terco y apasionado, pero generoso y cariñoso, a despecho de sus defectos de temperamento. ¿Comprende usted un carácter como éste?

—Semejantes caracteres existen a millares. Yo también tengo mis defectos de carácter, y Richard empieza a gustarme.

—Los días y las semanas sucedíanse, y Richard y yo pasábamos cada vez más tiempo juntos. Empecé poco a poco a sospechar la verdad.

—Y Richard, naturalmente, ayudó a usted a confirmar esa sospecha.

—No. Desgraciadamente para mí, no es de esa clase de hombres. Jamás me habló de lo que sentía por mí. Fui yo la que me di cuenta de ello; no podía evitarlo, e hice todo lo que pude para que supiera que quería ser para él una hermana, y nada más. No lo comprendió o no quiso comprenderlo; no lo sé.

—No quiso; es lo más probable, querida. Siga usted.

—Acaso sea lo que usted dice. Había en él una timidez extraña y ruda que me

turbaba y confundía. No hablaba; parecía tratarme como si la futura unión de nuestras vidas estuviera acordada desde la infancia. ¿Qué iba yo a hacer, Lucy?

—Podía usted haber pedido a su padre que resolviera por usted la dificultad.

—¡Imposible! Olvida usted lo que acabo de decirle. Mi padre estaba bajo los sufrimientos de la enfermedad que le acarreó la muerte. Completamente incapacitado para intervenir.

—¿No había nadie más que pudiera ayudarla?

—Nadie.

—¿Ni una señora a quien hubiera usted podido confiarse?

—Tenía conocidos entre las señoras de la vecindad, pero no tenía amistades.

—¿Qué hizo usted, entonces?

—Nada. Dudaba, y fui retrasando el momento de llegar a una explicación con él, hasta que, desgraciadamente, fue demasiado tarde.

—¿Por qué demasiado tarde?

—He olvidado decir a usted que Richard sirve en la Armada.

—¿De verdad? Ahora me interesa más que nunca. ¿Qué más?

—Un día de primavera fue Richard a casa para despedirse de nosotros antes de incorporarse a su barco. Pensé que se había marchado, y entré en la habitación contigua. Era mi gabinete, que comunicaba con el jardín. Richard debía estarme vigilando. De pronto apareció en el jardín, y sin esperar mi invitación penetró en el gabinete. Me sobresalté y me sorprendí un poco, pero tuve cuidado de ocultarlo. «¿Qué ocurre, señor Wardour?», dije. Se acercó mucho a mí y me contestó, según costumbre, con palabra ruda y breve: «Clara, me voy a la costa de África. Si vivo, volveré ascendido, y ambos sabemos lo que ocurrirá entonces.» Me besó, y yo me sentí asustada y colérica al mismo tiempo; pero antes de que pudiera ser dueña de mí misma, para decir una palabra, salió al jardín y desapareció. Yo debí haber hablado, lo sé; lo que hice no fue honrado ni bueno para él, pero no puede usted reprocharme mi falta de valor y de franqueza más amargamente de lo que yo me lo reprocho.

—Querida niña, yo no le reprocho a usted nada; sólo pienso que podía usted haberle escrito.

—Le escribí.

—¿Puntualizando la situación con absoluta franqueza?

—Sí. Le dije en muchas palabras que se había engañado a sí mismo, y que nunca me casaría con él.

—No cabe mayor franqueza. Y habiendo sido así, ¿de qué se culpa usted? ¿Por qué se martiriza, entonces?

—Suponga usted que mi carta no llegó jamás a su poder.

—¿Y por qué voy a suponer semejante cosa?

—Lo que yo escribí requería una respuesta, Lucy, y yo la pedía. Pues bien, esa

respuesta no ha venido. ¿Qué se deduce de esto? ¿Que mi carta no llegó a su destino! ¡Y se espera el regreso del «Atalanta»! ¡Richard Wardour vuelve a Inglaterra! ¡Richard Wardour reclamará a su mujer! ¡Y se extrañaba usted hace un momento y me preguntaba si realmente decía yo lo que quería decir!

Mistress Crayford, abstraída, se retrepó en su silla. Por primera vez desde que empezó la conversación, dejaba sin contestar una pregunta. En realidad, mistress Crayford meditaba.

Se dio cuenta exacta de la situación de Clara, comprendiendo el efecto perturbador que había de hacer en la mente de una joven. Aun haciendo estas concesiones, se sentía completamente incapaz de comprender la excesiva agitación de Clara. Sus rápidas facultades de observación acababan de descubrir que no mostraba signos de alivio a pesar de haberse librado de la carga de su secreto. Había, sin duda, algo de importancia por descubrir que aún quedaba inédito. Una repentina duda inspiró a mistress Crayford las siguientes palabras dirigidas a su amiga.

—Querida —dijo de pronto—, ¿me lo ha dicho usted todo?

Clara se estremeció, como si esta pregunta la hubiera aterrorizado. Sintiéndose mistress Crayford segura de que ahora tenía en sus manos la clave, repitió deliberadamente su pregunta, aunque en otras palabras. En vez de contestar. Clara levantó de pronto la vista. Al propio tiempo, sus mejillas se colorearon levemente por primera vez.

Levantando a su vez, instintivamente, la vista mistress Crayford, advirtió la presencia en el invernadero de un joven que invitaba a Clara a ser su pareja para el próximo vals. Mistress Crayford volvió a meditar. ¿Tiene este caballero —se preguntaba a sí misma— algo que ver con el fin inédito de la historia? ¿Era éste el verdadero secreto del terror de Clara Burham ante el inminente regreso de Richard Wardour? Mistress Crayford se decidió a poner a prueba sus dudas.

—¿Un amigo de usted? —preguntó con aire inocente—. Supongo que nos presentará.

Clara, confusa, presentó al joven:

—Míster Francis Aldersley, Lucy. Míster Aldersley forma parte de la expedición ártica.

—¿Afecto a la expedición? Yo, a mi manera, también lo estoy. Será mejor que me presente yo misma, porque Clara parece haberlo olvidado. Yo soy mistress Crayford. Mi marido es el teniente Crayford, del «Wanderer». ¿Pertenece usted a ese buque?

—No tengo ese honor, mistress Crayford. Pertenezco al «Sea-Mew».

Los soberbios ojos de mistress Crayford fueron astutamente de Clara a Francis Aldersley, y descubrieron la inédita secuela de la historia de Clara ¡He aquí la persona que complicaba seriamente la situación con Richard Wardour! No había tiempo de meras averiguaciones; la orquesta preludiaba el vals, y Francis Aldersley

esperaba a su pareja. Con unas palabras de excusa dirigidas al joven, mistress Crayford atrajo a Clara hacia sí por un momento y la dijo en voz baja:

—Una palabra, querida, antes de que vuelva usted al salón. Puede ser que esté engañada después de oír lo poco que usted me ha dicho, pero creo conocer su situación ahora mejor que usted misma. ¿Quiere usted oír lo que pienso?

—Estoy ansiosa de oírlo, Lucy. Necesito su opinión y su consejo.

—Le daré una y otro en las más sencillas y breves palabras. Primero, mi opinión: No tiene usted otro camino más que explicarse sinceramente con míster Wardour tan pronto como regrese. Y ahora, el consejo: Si quiere usted que la explicación sea fácil para ambos, tenga mucho cuidado de expresarse como una mujer libre de todo compromiso.

Mistress Crayford recalcó las últimas palabras y miró fijamente a Francis Aldersley mientras las pronunciaba.

—No quiero privar a usted de su pareja —dijo, encaminándose al salón de baile.

III

FRANK ALDERSLEY.—AMOR

La carga que pesaba sobre el espíritu de Clara fue aún más insoportable después de lo que mistress Crayford le había dicho. Demasiado desgraciada para sentir la alentadora influencia del baile, después de dar una vuelta por el salón empezó a quejarse de fatiga. Francis Aldersley la condujo al invernadero y la hizo sentar entre los macizos. Ella trató muy débilmente de alejarle.

—No se prive usted de bailar por mí, míster Aldersley.

—Llámeme usted Frank.

Deseaba llamarle así, cariñosamente, porque le amaba con todo su ser; pero el consejo de míster Crayford, firme en su imaginación, no le permitió abrir los labios. Frank se acercó un poco más a ella y solicitó un nuevo favor. Todos los hombres son iguales en estas ocasiones: el silencio les alienta invariablemente para insistir.

—¡Clara! ¿Ha olvidado usted lo que le dije ayer en el concierto? ¿Puedo repetirlo?

—No.

—Vamos a hacernos a la vela para los mares árticos. Acaso tarde años en volver. No me deje usted marchar sin alguna esperanza; piense en los largos y sombríos días que me aguardan y haga que sean felices para mí.

Aunque hablaba con el fervor de un hombre, era poco más que un mozo: tenía solamente veinte años e iba a arriesgar su vida en el helado piélago. Clara se apiadó de él como nunca se había apiadado de nadie. La cogió suavemente la mano y ella trató de desasirse.

—¿Ni aun este pequeño favor por ser la última noche?

Conmoviósele el corazón a pesar suyo, y su mano permaneció entre las de él, acariciada con una presión suave y persuasiva.

—¿Me ama usted, Clara?

Hubo una pausa. Hurtábale ella la mirada y temblaba bajo una extraña y contradictoria sensación de placer y de dolor. El brazo de Frank se deslizó alrededor de su cintura, y al repetir la pregunta, en un murmullo, los labios de él rozaron la orejita sonrosada de Clara.

—¿Me ama usted?

Cerró ella los ojos débilmente, sin oír nada sino aquellas palabras ni sentir sino el brazo que la rodeaba, y olvidando el aviso de mistress Crayford, y hasta al mismo Richard Wardour, se volvió repentinamente, con un desesperado desdén de mujer enamorada hacia todo lo que no fuera su amor, reclinó su cabeza en el pecho de

Frank y le contestó lo que él ansiaba.

Frank levantó suavemente la cabeza a miss Clara, y los labios de los dos se encontraron en el primer beso. Aquello era la gloria. La joven fue la que hizo que descendiesen de pronto a tierra con un estremecimiento y estas palabras:

—¡Ay! ¿Qué he hecho yo? —según es costumbre, cuando ya es demasiado tarde.

Frank respondió a la pregunta:

—Me ha hecho usted feliz, ángel mío. Y cuando yo vuelva, volveré para hacer de usted mi mujer.

Se estremeció ella, recordando con estas palabras a Raimundo Wardour.

—¡Mucho Cuidado! ¡Qué nadie sepa que estamos comprometidos hasta que yo le permita a usted decirlo! ¡Acuérdese!

Prometió él no olvidarlo, y su brazo trató de rodearla otra vez; pero ella se lo impidió, despidiéndole, ya dueña de sí misma... después de haberle dejado besarla de nuevo.

—¡Váyase! —le dijo—. Necesito ver a mistress Crayford. Haga el favor de buscarla y dígame que estoy aquí esperando para hablar con ella. ¡Vaya en seguida, Frank; hágalo por mí!

Había que obedecer. La miró largamente, como si con los ojos fuera a beber su belleza, y precipitadamente marchó a cumplir su encargo, considerándose el más feliz de los hombres. Cinco minutos antes era sólo su pareja de baile. Habían hablado, y ella se había avenido a ser su pareja para toda la vida.

IV

RICHARD WARDOUR.—DESENGAÑO

Fue difícil encontrar a mistress Crayford entre la multitud. Buscando aquí y allí, Frank advirtió la presencia de un extraño que parecía, a su vez, estar buscando a alguien. Era un hombre moreno, fuertemente constituido, de grandes cejas, que usaba un raído uniforme de oficial de la Armada. Sus maneras, notablemente resueltas, eran inequívocamente los modales de un caballero. Caminaba serpenteando lentamente entre la gente, deteniéndose a mirar a cada una de las señoras que pasaban a su lado y apartando después la vista con enojo. Poco a poco se fue aproximando al invernadero; entró en él tras un momento de reflexión; descubrió el brillo de un vestido blanco a lo lejos, a través de las flores y los macizos, avanzó a mirar a la señora e irrumpió en presencia de Clara con un grito de deleite.

Ella se puso en pie de un salto y quedó ante él muda, inmóvil, como si fuera de piedra. Toda su vida la tenía en los ojos, en los que la decían que estaba mirando a Richard Wardour.

—Siento en el alma, hermosa mía, haberla asustado. Olvidé todo en un momento, excepto la felicidad de volverla a ver. Apenas hace dos horas que hemos alcanzado el fondeadero. He estado un rato preguntando por usted y otro tomando mi billete, cuando me dijeron que estaba usted en el baile. ¡Felicíteme, Clara! He ascendido, y vuelvo para hacerla mi mujer.

Su cara, blanca por el terror, sufrió un cambio momentáneo. Se coloreó débilmente, moviéronse sus labios y le hizo de pronto una pregunta:

—¿Le entregaron a usted mi carta?

Wardour se estremeció.

—¿Una carta de usted? No he recibido ninguna.

Aquella momentánea animación murió de nuevo en la cara de ella. Retrocedió ante él y se dejó caer en una silla. Wardour avanzó hacia la joven, atónito y alarmado, y ella se encogió en el asiento, como si estuviera asustada de él.

—¡Clara! ¡No me ha dado usted un apretón de manos! ¿Qué significa esto?

Hizo una pausa, esperándola y vigilándola. En sus ojos brilló un relámpago de su violento carácter y repitió su última pregunta en tono más alto y severo.

—¿Qué significa esto?

Esta vez contestó ella. El tono de él la había herido, y al mismo tiempo levantó su decaído valor.

—Significa, míster Wardour, que ha estado usted equivocado desde el principio.

—¿Por qué he estado equivocado?

—Se ha precipitado usted y se ha confiado demasiado respecto a usted y a mí, no me ha comprendido en absoluto. Lamento tener que disgustarle, pero me veo obligada a hablar claramente. Yo seré siempre su amiga, míster Wardour, pero jamás podré ser su mujer.

Mecánicamente repitió él las últimas palabras. Parecía dudar de si había oído bien.

—¿Que usted no podrá nunca ser mi mujer?

—¡Nunca!

—¿Por que?

La pregunta quedó sin contestar. Clara era incapaz de decir una mentira, y se avergonzaba de decir la verdad.

Se inclinó sobre ella y se apoderó de una de sus manos. Teniéndola así firmemente sujeta, se inclinó un poco más, buscando una respuesta en la cara de ella. La suya se oscureció lentamente mientras le miraba. Empezaba a sospechar de ella, demostrándolo en las palabras que siguieron:

—Algo ha cambiado en usted respecto a mí, Clara. Alguien ha ejercido influencia en contra mía. ¿Es que otro hombre se ha interpuesto entre nosotros?

—Usted no tiene derecho a interrogarme.

Siguió él como si no hubiera advertido esta contestación:

—¿Se ha interpuesto otro hombre entre usted y yo?... Estoy hablando a usted francamente. Hábleme usted, a su vez, con la misma franqueza.

—Ya he hablado, y no tengo más que decir.

Hubo una pausa. Vio ella que el fuego que ardía en los ojos de él íbase haciendo cada vez más brillante, y sentía la presión de su mano aumentar progresivamente. Wardour apeló a ella por última vez.

—Reflexione usted —dijo—, reflexione, antes de que sea demasiado tarde. Su silencio no ha de servirle. Si usted persiste en no contestarme, tomaré su silencio como una confesión. ¿Me oye usted?

—Le oigo.

—¡Clara Burham! ¡Yo no soy hombre que tolere burlas! Insisto en saber la verdad. ¿Me ha sido usted infiel?

Resintióse ella de esta pregunta con el fino sentido femenino del insulto que implicaba dudar de ella en su misma cara.

—¡Mister Wardour! Olvida usted, al pedirme cuentas de esa manera, que yo nunca he alentado a usted ni le he hecho promesa ni me he comprometido...

La interrumpió él impulsivamente antes de que pudiera decir una palabra más.

—¡Usted se ha comprometido con otro en mi ausencia! ¡Sus palabras y su mirada lo delatan! ¡Usted se ha puesto en relaciones con otro hombre!

—Aunque así fuese, ¿qué derecho tiene usted para quejarse de ello? —contestó

Clara firmemente—. ¿Qué derecho tiene usted para intervenir en mis acciones?...

Las últimas palabras murieron en los labios de ella. Dejó Wardour caer la mano de Clara, y la expresión de sus ojos sufrió un cambio, en el que leyó ella las terribles pasiones que había desencadenado en aquel hombre. Leyó oscuramente en la cara de él algo que la hizo temblar, no por ella, sino por Frank.

Poco a poco, el color oscuro fue desapareciendo de su faz, y su voz profunda adquirió un tono más alto y tranquilo al pronunciar las palabras de despedida.

—No diga usted más, miss Burham; ya ha dicho usted bastante. Estoy contestado y despedido.

Hizo una pausa, y, acercándose más a ella, le puso una mano en el brazo.

—Llegará un tiempo en que yo la perdone —dijo—; pero el hombre que me la roba habrá de lamentar el día en que él y yo nos encontremos.

Dio media vuelta y salió de la habitación.

Pocos minutos más tarde, al entrar mistress Crayford en el invernadero, se encontró con uno de los criados del baile. El hombre se detuvo, como si quisiera hablarla.

—¿Qué desea usted? —preguntó ella.

—Perdón, señora. ¿Tiene usted un frasco de sales?... Aquí, en el invernadero, hay una señora que se ha desmayado.

V

LA PARTIDA

La mañana siguiente, mientras los barcos iban a hacerse a la mar, se presentó brillante y con una ligera brisa. Mistress Crayford, que se había arreglado para acompañar a su marido hasta el puerto y despedirle en él, entró al paso en la habitación de Clara, ansiosa de saber cómo había pasado la noche. Con gran asombro, la encontró levantada y vestida, como ella, para salir.

—¿Qué significa esto, querida mía? Después del sufrimiento de la última noche, después del choque experimentado a la vista de aquel hombre, ¿por qué no sigue usted mi consejo y se queda en cama descansando?

—No puedo descansar; no he dormido en toda la noche. ¿Ha salido usted ya?

—No.

—¿Ha visto u oído algo a Richard Wardour?

—¡Qué pregunta más extraordinaria!

—¡Contéstela y no se burle de mí!

—Tranquílcese, Clara. No he visto ni oído nada acerca de Richard Wardour. Mi palabra que a estas horas se encuentra bastante lejos de aquí.

—¡No! ¡Está aquí! ¡Está cerca de nosotros! Durante toda la noche, larguísima, no he podido desechar el presentimiento: Frank y Richard Wardour se encontrarán.

—Querida niña, ¿por qué esas ideas? Los dos se desconocen, son totalmente extraños el uno al otro.

—Algo ha de ocurrir que los pondrá frente a frente. ¡Lo presiento! ¡Lo sé! Se encontrarán, y entre ellos habrá una lucha mortal, y la culpable seré yo. ¡Ay, Lucy! ¿Por qué no seguí yo su consejo? ¿Por qué fui tan loca como para decir a Frank que le amaba?... ¿Va usted a ir al embarcadero? Yo estoy lista, e iré con usted.

—No piense en ello, Clara. Habrá mucha gente y mucho barullo en el muelle. Usted no está para estas cosas. Aguárdeme, que permaneceré poco tiempo fuera; aguárdeme hasta que vuelva.

—Debo ir, e iré con usted. Entre la gente estará «él». Entre el barullo puede encontrarse con Frank. No me diga que la espere aquí. ¡Me volvería loca! No tendré un momento de tranquilidad hasta que con mis propios ojos haya visto a Frank seguro en el bote que ha de llevarle a bordo. Ya ha cogido usted su sombrero. ¿Qué nos detiene aquí? ¡Venga, o me iré yo sola! ¡Mire el reloj! ¡No tenemos tiempo que perder!

Era inútil discutir con ella. Mistress Crayford cedió, y las dos salieron juntas de la casa.

El embarcadero, según había previsto mistress Crayford, estaba atestado de gente. No sólo los parientes y los amigos de los viajeros árticos, sino un gran número de curiosos, se habían reunido allí para contemplar la salida de los barcos.

Los ojos de Clara recorrieron asustados las caras de la multitud, buscando una faz que temía ver y que no encontraba. Tan alterados tenía los nervios, que lanzó un grito al oír de pronto, tras de sí, la voz de Frank Aldersley.

—Los botes del «Sea-Mew» esperan —dijo él—. Tengo que marcharme, querida. ¡Qué pálida está usted! ¿Está usted enferma?

En vez de contestar, preguntó con ojos asustados y labios temblorosos:

—¿Le ha ocurrido algo, Frank? ¿Algo fuera de lo corriente?

Frank se echó a reír ante la extraña pregunta.

—¿Algo fuera de lo corriente? Nada, que yo sepa, si se exceptúa que tengo que salir para los mares árticos.

—¿Le ha hablado a usted alguien desde la última noche? ¿Le ha seguido a usted por la calle algún extraño?

Frank, en el colmo del asombro, se volvió a mistress Crayford.

—¿Sabe usted qué es lo que quiere decir?

La rápida inventiva de mistress Crayford encontró una respuesta para el apuro del momento.

—¿Cree usted en los sueños, Frank? Voy a decirle que alguien ha soñado con usted, y es lo bastante boba para creer en ellos. Esto es todo, y no vale la pena hablar más de semejante asunto. ¡Escuche! ¡Le llaman a usted! ¡Despídase, no se vaya a marchar el bote!

Frank cogió la mano de Clara. Más tarde, en los oscuros días árticos y en las noches espantosas, recordaría cuán helada y cuán pasiva aquella manita yacía entre la suya.

—¡Valor, Clara! —dijo alegremente—. La novia de un marino debe acostumbrarse a las despedidas. El tiempo pasa pronto. ¡Adiós, amada mía, mujercita mía!

Besó su mano fría y miró por última vez —hasta que pasara un año por lo menos— aquel divino y pálido rostro. «¡Cómo me quiere!», pensó. «¡Cuánto le entristece la despedida!» Aún le tuvo cogida la mano un rato, y la habría tenido mucho más si mistress Crayford, prescindiendo sabiamente de toda ceremonia, no le hubiera empujado para que se fuera.

Las dos damas le siguieron a alguna distancia entre la multitud y le vieron entrar en el bote. Frank agitó su gorra a Clara, y un momento después un navío al ancla ocultaba el bote a la vista. Habíanle contemplado por última vez en su camino hacia el Océano de hielo.

—Ni Richard Wardour está en el bote ni tampoco está en la costa —dijo mistress Crayford—. Sírvale a usted de lección esto, queridita, y no vuelva a ser tan tonta como para creer en presentimientos.

Los ojos de Clara vagaban aún suspicazmente de aquí para allá, sobre el gentío.

—¿No está usted satisfecha aún? —preguntó mistress Crayford.

—No —respondió Clara—; aún no estoy satisfecha.

—¿Aún le busca? ¡Vamos! ¡Eso es ya el colmo del absurdo! Aquí viene mi marido. Voy a decirle que alquile un coche para que la lleve a usted a su casa.

—No quiero marcharme, Lucy, mientras usted queda despidiéndose de su marido. Yo aguardo aquí.

—¿Aguardar aquí? ¿Por qué?

—Por alguien a quien pueda ver o de quien pueda oír alguna cosa.

—¿De Richard Wardour?

—De Richard Wardour.

Mistress Crayford se volvió hacia su marido sin añadir una palabra. La ceguera de Clara rebasaba los límites de la obstinación.

Los botes del «Wanderer» ocuparon junto a los escalones del embarcadero el lugar que habían dejado vacante los del «Sea-Mew». Gritos de salutación salidos de entre la multitud anunciaron la llegada del comandante de la expedición. El capitán Helling miraba a derecha e izquierda, buscando a su segundo, Crayford, y al verle en compañía de su mujer se disculpó amablemente de tenerlos que molestar.

—Déjele un minuto para que cumpla sus deberes profesionales, y le tendrá usted de nuevo durante media hora. La expedición ártica es la culpable, y no el capitán, de separar a un marido de su mujer. Si yo fuera Crayford, habría dejado a los solteros la tarea de buscar el paso del Noroeste y me habría quedado en casa con usted.

Disculpándose en estos términos de cortesía un poco bruscos, el capitán Helling se llevó al teniente unos pasos atrás, de manera que, accidentalmente, vinieron a colocarse en lugar contiguo al que Clara ocupaba. Tanto el capitán como el teniente estaban tan absortos en sus asuntos profesionales, que ni siquiera repararon en ella. Ni uno ni otro tuvieron la más leve sospecha de que pudiera oír lo que pasaba entre ellos.

—¿Recibió usted mi nota esta mañana? —empezó el capitán Helling.

—Ciertamente, capitán. De otro modo, estaría ya en el barco.

—En seguida voy a ir yo a bordo —prosiguió el capitán—, y le ruego que tenga su bote, aguardándole, durante media hora más. Así estará usted más tiempo con su mujer.

—Muy agradecido, capitán Helling. Supongo, sin embargo, que habrá alguna otra razón para invertir el acostumbrado orden de cosas y tener al segundo en tierra mientras el capitán está a bordo.

—Ciertísimo. Hay otra razón. Le necesito a usted para que espere a un voluntario que ha de unírseos.

—¡Un voluntario!

—Sí; tiene que hacer su equipo precipitadamente, y estará aquí dentro de media hora.

—Es un alistamiento un poco rápido, ¿verdad?

—Efectivamente.

—Y, perdóneme, ¿no es mucho aguardar, en la situación que estamos, por un hombre?

—También es cierto. Pero un hombre de mérito merece que se le espere. Este hombre vale su peso en oro para una expedición como la nuestra. Está hecho a todos los climas y a todas las fatigas; es un sujeto fuerte, bravo y listo; en suma, un excelente oficial. Le conozco bien; de otra manera, jamás le habría tomado. Este voluntario rinde mucho trabajo a la nación; tanto, que ayer mismo regresó de hacer servicio en el extranjero.

—¡Regresó ayer del extranjero! ¿Y esta mañana se alista voluntario en la expedición ártica? Me deja usted atónito.

—Como lo oye. Su asombro de usted no es, seguramente, mayor que el que yo tuve cuando se presentó en mi hotel y me dijo lo que necesitaba. «¡Pero si acaba usted de llegar a la patria! ¿Está usted cansado de su libertad a las pocas horas de disfrutar de ella?» Su respuesta me sobrecogió: «Estoy cansado de la vida, señor. He llegado aquí y me ha dado la bienvenida una desdicha que casi ha roto mi corazón. Si no me refugio en la ausencia y en el trabajo rudo, soy hombre perdido. ¿Quiere usted darme un asilo en su barco?» Esto es, Crayford, lo que dijo, palabra por palabra.

—¿Le pidió usted alguna otra explicación?

—No; conocía su valor, y acepté al pobre diablo sin molestarle con nuevas preguntas. No había necesidad de hacérselas. Los hechos hablan por sí mismos en estos casos. ¡La vieja historia, mi querido amigo! En el fondo de todo ello hay, naturalmente, una mujer.

Mistress Crayford, que esperaba la vuelta de su marido lo más pacientemente posible, se sobrecogió al sentir que la ponían una mano en el hombro. Al volverse se encontró con Clara, y su primera sensación de sorpresa se trocó en alarma. Clara temblaba de pies a cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se ha asustado usted, querida?

—¡Lucy! ¡He oído hablar de él!

—¿Richard Wardour otra vez?

—Recuerde usted lo que le dije. He oído toda la conversación entre el capitán Helsing y su marido. Un hombre fue a ver al capitán esta mañana y se alistó en el «Wanderer». Este hombre es Richard Wardour.

—¡Eso no puede ser! ¿Está usted segura? ¿Oyó usted al capitán Holding mencionar su nombre?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que es Richard Wardour?

—¡No me lo pregunte! ¡Estoy tan cierta de ello como de que estamos aquí! ¡Se van juntos, Lucy! ¡Se van a los hielos y a las nieves perpetuas! ¡Mi presentimiento era cierto! ¡Se encontrarán los dos! ¡El hombre que ha de casarse conmigo y el hombre cuyo corazón he destrozado!

—¡Su presentimiento no es cierto, Clara! No se encontrarán; no hay motivo para que se encuentren. Están alistados en barcos diferentes. Frank pertenece al «Sea-Mew» y Wardour al «Wanderer». ¡Vea usted! El capitán Holding ha terminado, y mi marido viene hacia aquí. Déjeme que me asegure y que le hable.

—William, según creo, contáis con un voluntario que embarcará en el «Wanderer».

—¡Cómo! ¿Has estado escuchándonos?

—Necesito saber su nombre.

—¿Cómo diablos te las has arreglado para saber lo que decíamos?

—¡Su nombre! ¿Te ha dicho el capitán su nombre?

—No te excites, querida mía. Estás alarmando a miss Burham. El nuevo voluntario es perfectamente desconocido para nosotros. Aquí está su nombre, al final de la lista de tripulantes.

Mistress Crayford arrancó la lista de las manos de su marido y leyó en ella este nombre: Richard Wardour.

VI

LA BARRACA DEL «SEA-MEW»

Han transcurrido dos años desde que los viajeros se hicieron a la mar en sus costas nativas. Ha fracasado la empresa, y la expedición se halla perdida y aprisionada entre los hielos polares. Los dos excelentes barcos, el «Wanderer» y el «Sea-Mew», incrustados en sus tumbas glaciales, no volverán a cabalgar jamás sobre el lomo de las olas. Despojados de su maderamen más ligero, ha sido éste utilizado para la construcción de dos barracas en la costa.

La más grande de las dos está ocupada por los oficiales y la tripulación superviviente del «Sea-Mew». En un lado de la habitación están los lechos y la estufa; en otro se descubre una ancha puerta, cerrada por una cortina de lienzo, que se utiliza como medio de comunicación con un departamento interior dedicado a los oficiales superiores. Del techo, toscamente construido de viguetas, pende una hamaca que sirve de cama suplementaria. Un hombre completamente arrebujado en las ropas duerme en la hamaca. Al lado del fuego hay otro hombre perfectamente dormido, que es el de guardia, y tras de él, un barril viejo que sirve de mesa. Sobre ésta, un almirez con su mano y un cazo lleno de huesos secos de animales; en una palabra: la comida del día. A guisa de ornamento, entre las rendijas del oscuro maderamen brillan a intervalos, a la rojiza luz del fuego, pequeños témpanos de hielo.

Ni el silbido del viento fuera de la solitaria habitación, ni el canto de los pájaros, ni el grito de ninguna bestia turba en aquel momento el horrible silencio del desierto polar.

El primer ruido que lo rompió vino del departamento interior. Un oficial levantó la cortina de lienzo y penetró en la habitación general. El frío y las privaciones habían ajado su lozanía. El comandante del buque, capitán Ebsworth, estaba gravemente enfermo, y el primer oficial había muerto. Uno del «Wanderer», con la autorización de Helsing, ocupaba la vacante. Era éste el teniente Crayford.

Aproximóse al que estaba junto al fuego y le despertó.

—¡Arriba, Bateson! ¡Es la hora de su relevo!

De entre un montón de velas, en el fondo de la barraca, salió el nuevo marinero de guardia. Bateson se marchó, bostezando, a su lecho, y el teniente Crayford se puso a andar vivamente de un lado a otro, tratando de entrar en calor.

El mortero y la mano que había sobre el barril atrajeron su atención. Se detuvo, y dirigió la mirada hacia la hamaca que pendía del techo.

—Es preciso que se levante el cocinero —se dijo, sonriendo—. No se figura él lo útil que me es para no perder el humor. El gruñón más inveterado del globo y, sin embargo, según su propia cuenta, el único hombre alegre de toda la tripulación. ¡John Waut! ¡Levántese!

Una cabeza cubierta con un gorro rojo de dormir se levantó lentamente de entre las ropas; una nariz melancólica se apoyó en el borde de la hamaca y una voz tan melancólica como la nariz se expresó así acerca del clima ártico:

—¡Señor, señor! He aquí mi aliento sobre la colcha. Témpanos, señor, alrededor de mi boca y sobre el cobertor; cada ronquido mío ha helado algo. Cuando un hombre tiene frío hasta el extremo de congelar su propia cama, no puede durar mucho. ¡No importa! Yo no me quejo.

Crayford, impaciente, dio unos golpecitos sobre el cazo de los huesos, y John Waut, gruñendo siempre, descendió por una cuerda atada a las vigas, a la cabecera de su lecho. En vez de aproximarse a su oficial y a su cazo, se dirigió trabajosamente, tiritando, al fuego, y acercó sus mejillas todo lo que pudo. Crayford le miró.

—¡Ea! ¿Qué está usted haciendo ahí?

—Deshelando mi barba, señor.

—Venga en seguida y póngase a trabajar en los huesos.

John Waut permaneció inmóvil, sosteniendo algo sobre la lumbre. Crayford empezaba a perder los estribos.

—¿Qué diablos hace usted ahora?

—Deshelando mi reloj, señor. Lo he tenido bajo la almohada toda la noche, y el frío lo ha parado. Hermoso, alegre y saludable clima para vivir, ¿no es verdad? ¡Pero no importa! Yo no me quejo.

—¡Bien! ¡Oiga usted! ¿Están estos huesos suficientemente machacados?

John Waut se aproximó de pronto al teniente y le miró dando muestras del más profundo interés.

—Perdóneme, señor, pero ¡qué cavernosa suena su voz esta mañana!

—Nada importa mi voz. ¡Los huesos, los huesos!

—Sí, señor, los huesos. Hay que machacarlos un poco más, y por usted lo haré lo mejor que pueda.

—¿Qué quiere usted decir?

John Waut sacudió la cabeza y miró a Crayford con triste sonrisa.

—No creo que tenga el honor de hacer mucha más sopa de huesos para usted, señor. ¿Cree usted que durará usted mucho? Yo no, salvo opinión. Creo que en una semana o diez días, a lo sumo, habremos terminado todos. ¡No importa! Yo no me quejo.

Echó los huesos en el mortero y empezó a machacarlos refunfuñando. En este momento entró, procedente del departamento interior, un marinero.

—Un recado del capitán Ebsworth, señor.

—¿Qué hay?

—El capitán se encuentra peor que nunca, y desea verle inmediatamente.

—Voy en seguida. Despierte al doctor.

Crayford, seguido del marinero, se metió en la habitación de oficiales. John Waut sacudió la cabeza y sonrió más tristemente aún.

—¿Despertar al doctor? —repitió—. ¡Suponiendo que el doctor no esté congelado! La noche pasada no había en él ni una chispa de calor, y su voz sonaba como un murmullo en una bocina. ¿Estarán ya los huesos? ¡Sí, ya están! ¡Ea, al cazo con vosotros, y dad sustancia, si podéis!... ¡Cuando pienso que fui en otro tiempo aprendiz de repostero! ¡Cuando pienso que los peroles de sopa de tortuga que esta mano ha agitado, en una cocina alegre y confortable! Y cuando me veo mezclando huesos con agua caliente para hacer sopa, que se torna hielo a toda prisa, si no tuviera yo este carácter tan alegre, me sentiría inclinado a gruñir. ¡John Waut! ¡John Waut! ¿Dónde tenías la cabeza cuando te decidiste a emprender la vida de mar?

Una nueva voz salida de uno de los lechos laterales de la barraca saludó al cocinero. Era la de Frank Aldersley.

—¿Quién está graznando al lado del fuego?

—¿Graznando? —repitió John Waut con el aire de un hombre que ha sido objeto de un insulto gratuito—. ¿Graznando? ¿No encuentra usted su voz empeorada, míster Frank? No creo que dure más de seis horas —prosiguió John hablando confidencialmente consigo mismo—. Es uno de nuestros murmuradores.

—¿Qué hace usted ahí? —preguntó Frank.

—Hago sopa de huesos y me maravillo de por qué emprendí la vida de mar.

—¿Y por qué fue?

—No estoy cierto de ello, míster Frank. Algunas veces pienso que fue perversidad natural; otras, falso orgullo de vencer el mareo, y otras, la lectura de «Robinson Crusoe» y de los libros que me aconsejaban no embarcarme.

Frank se echó a reír.

—Es usted un sujeto extravagante. ¿Qué entiende usted por falso orgullo de vencer el mareo?

El desmayado rostro de John Waut se animó, a despecho suyo.

Frank acababa de traer a la memoria del cocinero uno de los pasajes más notables de sus vida.

—Escuche usted —dijo—. Si alguna vez se ha curado un hombre del mareo por un procedimiento nuevo, ese hombre he sido yo. Y lo vencí, míster Frank, a fuerza de comer. La primera vez que me embarqué fue como pasajero a bordo de un paquebote. A la hora del almuerzo nos asaltó un cochino temporal, y yo empecé a sentirme mareado precisamente en el momento que ponían la sopa sobre la mesa:

—¿Enfermo? —dijo el capitán.

—Un poco —dije yo.

—¿Quiere usted probar mi cura? —dijo el capitán.

—Con mucho gusto —dije yo.

—¿Tiene usted el corazón en la boca? —dijo el capitán.

—No del todo, señor —dije yo.

—¿Sopa de tortuga? —dijo el capitán.

Y me la sirvió.

Tragué un par de cucharadas y me puse más blanco que el papel. El capitán me miró fijamente y dijo:

—Vaya a cubierta, eche la sopa y vuelva al camarote.

—¿Cabeza de bacalao y brazuelo? —dijo el capitán, y me lo sirvió.

—No puedo con ello, señor —dije yo.

—Haga usted un esfuerzo, porque es la cura.

Me embuté un bocado y me puse más pálido que antes.

—Vaya a cubierta —dijo el capitán—, eche la cabeza de bacalao y vuelva al camarote.

Fui y volví.

—Pierna de carnero adornada —dijo el capitán, y me la sirvió.

—No quiero carne, señor —dije yo.

—La carne es la cura —dijo el capitán, y me lo hizo comer—. Los adornos también son la cura.

Y me los hizo comer.

—¿Firme? —dijo el capitán.

—Mal —dije yo.

—Vaya a cubierta, eche la pierna de carnero y los adornos y vuelva al camarote.

Fui a cubierta tambaleándome y volví más muerto que vivo.

—Riñones salteados —dijo el capitán.

Cerré los ojos y tragué los riñones.

—La cura está empezando —dijo el capitán—, chuletas de cordero y variantes.

Volví a cerrar los ojos y comí las chuletas y los «pickles».

—Jamón asado y pimienta de Cayena —dijo el capitán—. Vaso de cerveza fuerte y tarta de arándano. ¿Necesita usted ir a cubierta?

—No, señor, —dije yo.

—Cura hecha —dijo el capitán—. No ceda usted nunca a su estómago, y su estómago acabará por ceder ante usted.

Sentada la moraleja de su historia, John Waut dio media vuelta y con su cazo se metió en la cocina. Un momento después, Crayford volvía a la barraca y dejaba asombrado a Frank con una pregunta:

—Frank, ¿tiene usted algo en su lecho que sea de valor?

—Nada que valga la pena cuando no estoy en él —contestó—. ¿Qué significa su pregunta?

—Que estamos casi tan escasos de combustible como de provisiones —siguió Crayford—, su cama hará buen fuego, y he mandado a Bateson que esté aquí dentro de diez minutos con el hacha.

—Muy favorecido y considerado por parte de usted —dijo Frank—. ¿Qué va a ser de mí cuando Bateson haya convertido mi lecho en astillas?

—¿No adivina usted?

—El frío ha debido dejarme vacía la cabeza. El acertijo está más allá de mi alcance. Si no me apunta usted algo...

—No hay inconveniente. Pronto habrá camas de más. Va a operarse un cambio en la miserable vida que llevamos. ¿Lo ve usted ahora?

Los ojos de Frank echaban chispas.

Se tiró del lecho y agitó su gorra de piel en señal de triunfo.

—¿Verlo? ¡Naturalmente que lo veo! ¡La expedición exploradora va a partir al fin! ¿Iré con ella?

—No hace mucho tiempo que ha salido usted de manos del doctor —dijo Crayford bondadosamente—. Dudo si estará usted bastante fuerte para formar parte de ella.

—Fuerte o no —contestó Frank—, cualquier riesgo es mejor que languidecer y morir aquí. Inscríbame, Crayford, entre los voluntarios.

—No se aceptarán voluntarios en este caso. El capitán Helling y el capitán Ebsworth, en la situación en que estamos, encuentran serios inconvenientes en este método de reclutamiento.

—Entonces, ¿piensan reservarme las asignaciones? Por mi parte, tengo que objetar a eso.

—Espere un momento —dijo Crayford—. Usted jugaba el otro día al chaquete con uno de los oficiales. ¿Era de usted o de él el tablero?

—Es mío. Lo tengo en mi cajón. ¿Lo necesita usted?

—Necesito los dados y la caja para echar suertes. Los capitanes han dispuesto —muy acertadamente, a mi juicio—, que el azar decida quiénes de entre nosotros han de ir y quiénes han de quedarse en las barracas. Los oficiales y la tripulación del «Wanderer» estarán aquí dentro de unos minutos para echar suertes. Ni usted ni nadie puede hacer objeciones a esta manera de decidir lo que ha de ser. Oficiales y marineros sacarán su suerte al mismo tiempo. Nadie puede quejarse.

—Por mi parte, estoy satisfecho —dijo Frank—; pero conozco a un hombre entre los oficiales que seguramente tendrá algo que objetar.

—¿Quién es ese hombre?

—Usted le conoce bastante. El «oso de la expedición», Richard Wardour.

—¡Frank, Frank! Tiene usted la costumbre de dejar su lengua demasiado expedita. No repita ese estúpido mote cuando hable de mi buen amigo Richard Wardour.

—¿Su buen amigo, Crayford? Su afecto por ese hombre me asombra.

—¿Por qué razón? ¿Qué ocasiones ha tenido usted de juzgarle? Usted y Wardour han pertenecido siempre a diferentes barcos. Nunca le ha visto a usted cinco minutos en compañía de él. ¿Cómo va usted a poder estimar su carácter como se merece?

—Yo me atengo a la opinión general —comentó Frank—. Se le ha dado su remoquete por ser el hombre más impopular de su barco; a nadie le gusta. Alguna razón habrá para ello.

—No la hay —replicó Crayford—. Nadie conoce a Richard Wardour, y conste que no hablo al azar. Recuerde usted que yo salí con él de Inglaterra en el «Wanderer», y que no fui trasladado al «Sea-Mew» sino bastante después de quedar aprisionados entre los hielos, fui el compañero de Richard Wardour durante muchos meses a bordo del barco, y he aprendido a hacerle justicia. Con todos sus defectos, tiene un corazón grande y generoso. Suspenda usted su opinión, joven, hasta que conozca a mi amigo como yo le conozco. Y nada más de esto ahora. Déme los dados y la caja.

Frank abrió su cajón. En este momento, el silencio del desierto de nieve fue roto por las voces de saludo a la cabaña de los tripulantes del «Wanderer».

VII

¿IR O QUEDARSE?

El marinero de guardia abrió la puerta exterior. Caminando trabajosamente sobre la blanca nieve espectral se acercaban a la cabaña los oficiales del «Wanderer». Y bajo el cielo sombrío e inclemente, la tripulación, con los perros y los trineos, esperaba la palabra que había de ponerlos en marcha hacia la peligrosa e incierta jornada.

El capitán Helling, acompañado de sus oficiales, entró en la barraca de muy buen humor ante la perspectiva del cambio que se avecinaba. Tras de ellos, y como si lo hiciera de mala gana, venía un hombre moreno, ceñudo, de grandes cejas. Ni habló ni ofreció su mano a nadie; era la única persona de las allí presentes a quien parecía serle en absoluto indiferente la suerte que pudiera aguardarle. Era el hombre a quien sus camaradas habían apodado «el oso de la expedición»; en otras palabras: Richard Wardour.

Crayford avanzó para dar la bienvenida al capitán Helling, y Frank, recordando la amistosa filípica que acababa de recibir, pasó entre los oficiales del «Wanderer» e hizo un esfuerzo para ser cortés con el amigo de Crayford.

—Buenos días, míster Wardour —dijo—. Podemos congratularnos mutuamente de la suerte de abandonar este horrible sitio.

—Usted puede creer que es horrible —replicó Wardour—. A mí me gusta.

—¿Que le gusta? ¿Es posible? ¿Y por qué?

—Porque no hay mujeres.

Frank se volvió con sus compañeros sin tratar de hacer más preguntas a Richard Wardour. El «oso de la expedición» estaba más intratable que nunca.

Entretanto, la barraca se había llenado con los oficiales y los marineros útiles de los dos barcos. El capitán Helling estaba en el centro de ellos, teniendo a Crayford a su lado, y procedió a explicar el objeto de la proyectada expedición al auditorio que le rodeaba.

—Compañeros, oficiales y marineros del «Wanderer» y del «Sea-Mew» —dijo—, voy a cumplir mi deber de explicaros muy brevemente las razones que nos han decidido al capitán Ebsworth y a mí a despachar una partida exploradora en busca de auxilio. Sin hablar de las penalidades que hemos sufrido en estos dos últimos años; de la destrucción de uno de nuestros barcos, primero, y después del otro; de la muerte de algunos de nuestros más bravos y mejores compañeros; de las vanas luchas que hemos sostenido con el hielo y la nieve y de la ilimitada desolación de estas regiones inhóspitas; sin insistir sobre todas estas cosas, es mi deber recordaros que este lugar

donde últimamente nos hemos refugiado está muy lejos de los derroteros de cualquier expedición y, en consecuencia, las probabilidades de ser descubiertos por alguna partida de socorro que pueda haber sido enviada en nuestra busca son muy pequeñas y muy inciertas. ¿Están ustedes conformes conmigo?

Los oficiales, a excepción de Wardour, que, apartado de los demás guardaba un silencio ceñudo, se mostraron de acuerdo con las palabras del capitán, que prosiguió:

—Por estas razones, es de urgente necesidad que hagamos un esfuerzo, probablemente el último, para salir de esta situación angustiosa. El invierno no está lejos, la caza va escaseando, nuestro depósito de provisiones se agota y los enfermos, especialmente en la barraca del «Wanderer», lamento decirlo, son más numerosos cada día. Debemos mirar por nuestras vidas y por las de los que dependen de nosotros, y para ello no tenemos tiempo que perder.

Los oficiales acogieron alegremente estas palabras.

—¡Verdad! ¡Es verdad! ¡No tenemos tiempo que perder!

—El plan propuesto —resumió el capitán Helling— es que un destacamento de oficiales y marineros útiles salga hoy mismo y haga otro esfuerzo para llegar a los más cercanos establecimientos habitados, con el fin de recabar auxilios y provisiones que puedan ser enviados a los que aquí queden. La nueva ruta y las varias precauciones que han de tomar quedarán dispuestas en seguida. La única cuestión que queda por resolver es la de quiénes han de quedarse y quiénes emprender el viaje.

Los oficiales contestaron unánimes:

—¡Voluntarios!

Y los marineros hicieron eco a los oficiales, repitiendo:

—¡Voluntarios!

Wardour mantenía su enfurruñado silencio. Crayford se fijó en que estaba apartado de todos, y se dirigió a él personalmente:

—¿Usted no dice nada?

—Nada —contestó Wardour—. Ir o quedarme me es lo mismo.

—Espero que no lo dirá usted en serio.

—Completamente en serio.

—Siento oírle hablar así, Wardour.

El capitán Helling respondió a la opinión unánime en favor del voluntariado haciendo una pregunta que echó un jarro de agua fría sobre el creciente entusiasmo del auditorio:

—Está bien. Suponed que optamos por el voluntariado. ¿Qué voluntarios tendremos para quedarse en las barracas?

Hubo un silencio embarazoso. Los oficiales y los marineros se miraban unos a otros, sin saber qué decir. El capitán continuó:

—Ya veis que no puede hacerse lo del voluntariado. Todos queríamos ir. Todos

los que tenéis el libre uso de las piernas queréis ir. Pero, ¿qué iba a ser de los que no pueden usar las suyas? Es preciso que quede aquí alguno de nosotros para cuidar a los enfermos.

Todos reconocieron que así tenía que ser.

—Volvamos, pues —dijo el capitán—, al punto primitivo de la cuestión. ¿Quiénes, entre los útiles, han de ir, y quiénes han de quedarse?... El capitán Ebsworth y yo opinamos que debe ser la suerte la que decida. Aquí hay dados. Los números llegan hasta el doce (doble seis). El que saque por debajo de seis se queda; el que saque por encima de seis va. ¡Oficiales del «Wanderer» y del «Sea-Mew»! ¿Están ustedes conformes con este modo de resolver la dificultad?

Todos —con la excepción de Wardour, que guardó silencio— mostraron su conformidad.

—¡Marineros del «Wanderer» y del «Sea-Mew»! Vuestros oficiales se muestran conformes con que se eche a suertes. ¿Lo estáis vosotros también?

El asenso por parte de los marineros fue unánime. Crayford entregó el cubilete y los dados al capitán Heding.

—Usted tira primero, señor. Con menos de seis, quedarse. Con más de seis, ir.

El capitán Heding tiró los dados sobre el barril que servía de mesa, y sacó siete.

—¡Ir! —dijo Crayford—. ¡Mi enhorabuena!

Tiró los dados a su vez y sacó tres.

—¡Bien, bien! Si cumplo con mi deber y soy útil a los demás, ¿qué importa que me quede o que me vaya?

Wardour se preparaba a tirar sin mover los dados.

—¡Agite el cubilete, hombre! —dijo Crayford—. ¡Búsquese usted una probabilidad de sacar un buen número!

Wardour persistió en dejar caer los dados sin ningún cuidado, tal y como estaban en el cubilete.

—¡No! —murmuró para sí mismo—. Estoy divorciado de la suerte.

Y diciendo estas palabras, tiró el cubilete vacío y se sentó en el cajón más próximo, sin cuidarse de mirar cómo habían caído los dados.

Crayford los examinó.

—¡Seis! ¡Vaya! Tiene usted una segunda probabilidad, a despecho de usted mismo. Ni por debajo ni por encima. Tire otra vez.

—¡Bah! —gruñó «el Oso»—. No vale la pena de que me levante. Cualquiera puede tirar por mí.

Y fijándose súbitamente en Frank:

—¡Usted! ¡Usted, que tiene lo que las mujeres llaman cara afortunada!

Frank apeló a Crayford.

—¿Debo hacerlo?

—Sí, puesto que él lo quiere.

Frank tiró los dados.

—¡Dos! ¡Quedarse!... Wardour, siento haber tirado en contra suya.

—Ir o quedarme, todo me es igual. La suerte será para usted cuando tire.

Frank tiró para sí.

—¡Ocho! ¡Hurra! ¡Voy!

—¿Qué le dije a usted? —preguntó Wardour—. ¡La suerte era suya! ¡Ha medrado usted a costa de mi mala fortuna!

Diciendo esto, se levantó para dejar la barraca. Crayford le detuvo.

—Aguarde un poco. Necesito hablarle cuando termine esto.

—¿Va usted a darme de nuevo buenos consejos?

—No se enfade usted, Richard. Voy a hacerle una pregunta respecto a algo que le concierne.

Wardour cedió sin añadir una palabra. Volvió a su cajón y se dispuso a echar un sueño. Las tiradas de los dados siguieron rápidas entre oficiales y marineros, y al cabo de media hora la suerte había decidido la cuestión de ir o quedarse para todos. Los marineros dejaron la cabaña y los oficiales entraron en el departamento interior para celebrar una última conferencia con el capitán del «Sea-Mew», postrado en el lecho. Wardour y Crayford quedaron solos.

VIII

SOY EL MÁS FUERTE DE VOSOTROS

Crayford tocó a su amigo en el hombro para despertarle. Wardour le miró impaciente, con el ceño fruncido.

—Acababa de dormirme —dijo—. ¿Por qué me despierta?

—Mire usted a su alrededor, Richard. Estamos solos.

—Bueno, ¿y qué?

—Deseo hablarle en privado, y éste es el momento oportuno. Me ha disgustado usted y me ha sorprendido hoy. ¿Por qué dijo usted que le era lo mismo ir o quedarse? ¿Por qué es usted el único entre nosotros a quien le es absolutamente indiferente que seamos socorridos o no?

—¿Puede un hombre dar siempre una explicación de lo que haya de extraño en sus maneras o en sus palabras? —replicó Wardour.

—Puede intentarlo cuando un amigo se lo pregunta —contestó Crayford tranquilamente.

Wardour se ablandó.

—Es verdad —dijo—. Lo intentaré. ¿Recuerda usted la primera noche, en el mar, cuando emprendimos el viaje en Inglaterra?

—Lo mismo que si hubiera sido ayer.

—Una noche tranquila y silenciosa —dijo el otro, pensativo—. Ni nubes ni estrellas. Nada en el cielo sino la luna llena y apenas un viso que rompiera el camino de luz trazado por ella sobre el agua encalmada. La guardia de la media noche me correspondió a mí. Usted subió al puente y me encontró solo...

—Solo... y llorando.

—Las últimas lágrimas que he de verter en mi vida.

—¡No diga usted eso! Hay veces en que un hombre merece compasión si no puede llorar.

Wardour siguió tras de los viejos recuerdos, conservando su tono amable.

—Hubiera reñido con cualquier otro hombre que me hubiera sorprendido en aquel momento —dijo—; pero había algo en su voz, cuando me pedía perdón por haberme molestado, que ablandó mi corazón. Le dije a usted que me había encontrado con una desdicha al llegar a nuestro país que me había destrozado para toda la vida. No había necesidad de más explicaciones. La única infelicidad sin esperanza en este mundo es la infelicidad que causan las mujeres.

—Y la única felicidad pura es la felicidad que dan las mujeres.

—Esa podrá ser la experiencia que usted tenga de ellas. La mía es diferente. Toda

la devoción, la paciencia, la humildad, la adoración que hay en un hombre la puse yo a los pies de una mujer. Aceptó el ofrecimiento como hacen las mujeres; lo aceptó fácil, graciosa, insensiblemente; lo aceptó como una cosa natural. Yo salí de Inglaterra para conquistar un puesto elevado en mi profesión antes de atreverme a ganarla a «ella». Hice frente al peligro y a la muerte. Arriesgué mi vida en los pantanos febriles del África para obtener la promoción que sólo por su causa deseaba, y la obtuve. Regresé para dárselo todo, sin pedirla nada en cambio, sino descansar mi fatigado corazón en el rayo de sol de su sonrisa. Y sus propios labios, los labios que yo había besado al partir, me dijeron que otro hombre me la había robado. Cuando oí esta confesión la dije estas pocas palabras y la dejé para siempre: «Llegará un tiempo en que la perdone a usted; pero el hombre que me la roba ha de lamentar el día en que él y yo nos encontremos...» ¡No me pregunte quién es! ¡Tengo aún que descubrirle! La traición guardaba bien el secreto; nadie puede decirme dónde encontrarle, nadie puede decirme dónde estaba. ¡Qué importa! Cuando he vivido después de aquella agonía, puedo confiar en mis fuerzas, puedo tener paciencia y esperar mi hora.

—¿Su hora? ¿Qué hora?

—La hora en que ese hombre y yo nos encontremos cara a cara. Lo presenté entonces y lo presiento ahora. ¡Estaba escrito entonces en mi corazón y lo está ahora que los dos hemos de encontrarnos! Con esa firme convicción dentro de mí me presenté voluntario para este servicio, como me habría presentado voluntario para cualquier otra clase de trabajo rudo y de peligro, poniéndolo como muralla entre mi desdicha y yo. Con esa firme convicción aún dentro de mí, le digo a usted que no importa que esté aquí con los enfermos o que me vaya con los fuertes. ¡Viviré hasta que haya encontrado a ese hombre! Hay un día señalado entre nosotros para saldar nuestra cuenta. Aquí, en el mar helado, o allá, en calor mortal; en la batalla o en el naufragio, frente a la inanición o ante la peste, aunque los hombres mueran a centenares a mi alrededor, ¡viviré! ¡Viviré para cuando llegue ese día! ¡Viviré para encontrarme cara a cara con un hombre!

Se detuvo, temblándole cuerpo y alma bajo la garra de la terrible superstición que le atenazaba. Crayford retrocedió, horrorizado, y Wardour, que se dio cuenta de esta acción, quiso, dolorido, defender una vez más su arraigado convencimiento.

—¡Míreme! —dijo—. Vea usted cómo ha vivido y medrado, a pesar del dolor de corazón que me roe y a despecho de los vientos glaciales que silban aquí en torno mío. ¡Soy el más fuerte de ustedes! He luchado con penalidades y fatigas que hicieron caer a los hombres más bravos de nuestra expedición. ¿Qué he hecho yo que mi vida late (en estos momentos y en este horrible lugar) en cada vena de mi cuerpo tan bravamente como latía en las saludables brisas de la patria? ¿Por qué he conservado mi energía tan admirablemente? Se lo diré a usted otra vez: ¡por el día que ha de llegar! ¡Por el día en que he de encontrarme frente a frente con ese hombre!

Hizo una nueva pausa. Esta vez Crayford habló:

—¡Richard! —dijo—. Desde el día en que nos encontramos por primera vez he creído en su buen natural, he creído en usted firme y sinceramente, como podría haberlo hecho un hermano suyo. Ahora, mi fe en usted sufre una dura prueba. Si un enemigo suyo me dijera que se expresa usted siempre como acaba de expresarse ahora; si me dijera que pareció usted siempre lo que ahora parece, le volvería la espalda, considerando sus palabras como viles calumnias contra un justo, contra un valiente, contra un hombre de elevado espíritu. ¡Deseche de su corazón esos pensamientos! ¡Míreme usted otra vez con la mirada limpia del hombre que ha hollado con sus pies la sangrienta superstición de la venganza y no piensa más en ella! ¡Que no llegue nunca la hora en que yo no pueda ofrecer mi mano, como se la ofrezco ahora, al hombre a quien admiro y al hermano a quien quiero!

El corazón, que no escuchaba ninguna otra voz, se conmovió ante aquella apelación. La mirada fiera y la voz dura se ablandaron bajo la influencia de Crayford. Richard Wardour dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Es usted mejor de lo que yo merezco —dijo—. Sea usted aún mejor, y olvide mis palabras. Hablemos de otra cosa y no volvamos sobre mí. No merezco la pena. Permítame que me ocupe en algo. El trabajo, Crayford, es el verdadero elixir de nuestra vida; el trabajo, que ejercita los músculos y hace arder la sangre; el trabajo, que fatiga el cuerpo y descansa el espíritu. ¿No hay nada que hacer? ¿Nada que cortar? ¿Nada que acarrear?

En este momento se abrió la puerta. Bateson, citado para hacer leña de la cama de Frank, apareció puntualmente con su hacha. Wardour, sin pronunciar una palabra, se la quitó de la mano.

—¿Para qué la necesita usted? —preguntó.

Bateson no lo dijo.

—Yo lo haré por usted en muy poco tiempo.

Y volviéndose a Crayford:

—No se alarme por mí. Voy a hacer bien las cosas, a cansar mi cuerpo y a dar reposo al espíritu.

El demonio que tenía dentro estaba, de momento al menos, completamente subyugado. Crayford le estrechó la mano sin pronunciar palabra, y luego, seguido de Bateson, le dejó solo en su trabajo.

IX

LAS INICIALES

Wardour, hacha en mano, se aproximó al lecho de Frank.

—¡Si yo pudiera separar de mí los pensamientos como separo las astillas de esta cama!

Y hendió la madera con el hacha como hombre que conocía a fondo el uso de esta herramienta.

—¡Ay de mí! —pensó—. ¡Si yo hubiera nacido artesano en vez de caballero!... ¡Buen hacha, maestro Bateson!... ¡Pobre Crayford! Oyéndole se me ha puesto un nudo en la garganta. Es un sujeto noble y bueno... Pero..., ¡nada de pensar ni de sentir! ¡Al trabajo, al trabajo! ¡Ay, joven Aldersley! ¡Poco cuesta demoler tu lecho! ¡Y lo mismo echaría a tierra toda la barraca si me lo encomendaran!

Una astilla tan grande que era preciso dividirla en dos con el hacha le hizo inclinarse, y al hacerlo le llamó la atención unas letras que en ella estaban grabadas. Volvió a mirarlas con detenimiento: estaban poco señaladas, y sólo quedaban tres, que parecían ser C. L. A. Tiró, irritado, la astilla.

—¡Vaya al diablo el individuo que ha grabado esto! ¿Por qué marcar ese nombre entre todos los del mundo?

Hizo una pausa, pensativo, y determinó seguir adelante con la labor que se había impuesto. Estaba avergonzado de sí mismo, y cogió ansiosamente el hacha; pero al cortar otra tabla se fijó que estaba también grabada. Esta vez eran las letras F. A. las que aparecían en ella.

—Más grabados —se dijo—. De este modo emplean las horas estos jóvenes holgazanes. ¿F. A.? Éstas deben ser «sus» iniciales: Frank Aldersley. ¿Quién grabó las letras de la otra tabla? ¿Frank Aldersley también?

Puso el pedazo de madera que tenía en la mano más cerca de la luz y miró hacia la parte de abajo. ¡Más grabado aún! Bajo las iniciales F. A. había otras dos: C. B.

—¿C. B.? —se dijo—. Las iniciales de su novia, supongo. Naturalmente, a su edad, tienen que ser las iniciales de ella.

Hizo otra pausa.

Por su rostro pasó la misteriosa sombra de un dolor íntimo.

—Sus iniciales son C. B. —dijo en tono sombrío—. C. B., Clara Burham.

Se quedó inmóvil, con la tabla en la mano, repitiendo este nombre una y otra vez, como si se hiciera a sí mismo una pregunta.

—¿Clara Burham? ¿Clara Burham?

Dejó caer la tabla y se puso mortalmente pálido, sus ojos iban furtivamente de la

madera que yacía en el suelo al lecho semidemolido de Frank. Con un desesperado grito, mezcla de rabia y de terror, probó a seguir con su tarea. ¡Imposible! A pesar de su fortaleza, no podía con el hacha. Sus manos temblaban impotentes; las acercó al fuego, y el temblor se le transmitió a todo el cuerpo. ¡Conocía el miedo! ¡Sus propios pensamientos le llenaban de espanto!

—¡Crayford! —gritó—. ¡Venga usted y vámonos de caza!

Ni una voz amiga le contestó, ni un rostro fraternal asomó a la puerta.

Transcurrió un momento, y entonces sobrevino el cambio. Recobró la posesión de sí mismo casi tan repentinamente como la había perdido. Una sonrisa horriblemente forzada se esparció lenta, firme, demoníacamente, por su rostro. Se alejó del fuego. Dejó el hacha con suavidad en un rincón y se sentó, abandonándose deliberadamente a un frenesí de alegría vindicatoria. ¡Había encontrado al hombre! ¡Allí, en el fin del mundo, durante la postrera lucha de los viajeros árticos contra la extenuación y la muerte, había encontrado al hombre!

Pasados algunos minutos notó de pronto una corriente de aire frío que penetraba en la habitación. Se volvió y vio a Crayford abriendo la puerta de la barraca. Tras él venía un hombre. Wardour se levantó y miró ansiosamente por encima del hombro de Crayford.

¿Era el que había grabado las letras en la madera? ¡Sí! Frank Aldersley.

X

¡MIENTRAS PUEDA, ESTARÁ CONMIGO!...

—Descanse usted un poco, Richard —dijo Crayford—. La partida exploradora va a salir, y no hay tiempo que perder si quiere usted despedirse de sus compañeros.

Se quedó parado de pronto, viendo a plena luz la cara de Wardour.

—¡Qué pálido está usted! ¿Acaso le ha ocurrido algo?

Frank, que buscaba en su cajón la ropa necesaria para el viaje, miró a Wardour, y, como Crayford, se sorprendió del repentino cambio que había sufrido su rostro desde que le había visto la última vez.

—¿Está usted enfermo? —preguntó—. He oído que estaba usted haciendo el trabajo de Bateson. ¿Se ha herido usted?

Wardour hizo un movimiento con la cabeza para ocultar su cara a Crayford y a Frank. Sacó el pañuelo y se lo arrolló torpemente en la mano izquierda.

—Sí —dijo—, me he lesionado con el hacha. Pero no me importa; no es nada. El dolor produce en mí un efecto curioso.

Volvió la cara hacia ellos tan repentinamente como la había ocultado; avanzó unos pocos pasos y se dirigió a Frank con forzada familiaridad.

—No le contesté a usted cortésmente cuando me habló hace un rato, quiero decir cuando vine aquí con los demás. Le ruego me perdone. ¡Un apretón de manos! ¿Cómo está usted? ¿Dispuesto para la marcha?

Frank recibió estas brascas y originales explicaciones con perfecto buen humor.

—Encantado de entablar amistad con usted, míster Wardour. Me gustaría estar tan hecho a las fatigas como lo está usted.

Wardour rió sin alegría; una risa dura y forzada.

—¿No está usted fuerte? Pues lo parece. Los dados hubieran cumplido mejor dejándole aquí y mandándome a mí fuera. Por mi parte, me encuentro como nunca: inmejorablemente.

Hizo una pausa y añadió, con la mirada fija en Frank y marcado énfasis en las palabras:

—Nosotros, los hombres de Kent, estamos hechos de material muy duro.

Frank avanzó un paso, más interesado aún por Richard Wardour.

—¿Es usted de Kent? —dijo.

—Sí, de Kent oriental —esperó un momento más fijamente aún a Frank—. ¿Conoce usted esa parte del país?

—Conozco algo del Kent oriental —contestó Frank—. Unos buenos amigos míos vivieron allí en otro tiempo.

—¿Amigos de usted? —repitió Wardour—. ¿De alguna de las familias del condado, por supuesto?

Al hacer esta pregunta miró de pronto por encima de su hombro. Hallábase en pie entre Crayford y Frank. Crayford no tomaba parte en la conversación, y a medida que ésta avanzaba le observaba, escuchándole con mayor atención. Wardour, instintivamente, se dio cuenta de ello, y, resentido e irritado, le preguntó:

—¿Por qué me mira usted así?

—¿Y por qué —le contestó Crayford tranquilamente— no parece usted ahora el mismo de antes?

Wardour, sin replicar, reanudó la conversación con Frank.

—¿Una de las familias del condado? ¿Los Witherbys de Yew-Grange, tal vez?

—No —dijo Frank—, pero amigos de los Witherbys. Los Burhams.

Wardour perdió el dominio de sí mismo, a pesar de los desesperados esfuerzos que hacía para mantenerlo. Se estremeció violentamente y dejó caer el pañuelo torpemente liado a su mano. Crayford, que seguía mirándole atentamente, lo recogió del suelo.

—Aquí tiene usted el pañuelo, Richard. ¡Cosa rara!

—Nos dijo usted que se había herido con el hacha.

—Bueno, ¿y qué?

—No hay sangre en el pañuelo.

Wardour arrancó el pañuelo de manos de Crayford, y, dando media vuelta, se aproximó a la puerta de salida de la barraca.

—¿Que no hay sangre en el pañuelo? Debe haber dos o tres manchas —dijo, volviéndose a Crayford a pocos pasos de la puerta—. ¿No decía usted que me despidiera de mis compañeros antes de que fuera demasiado tarde? Voy a seguir su consejo.

Cuando iba a poner la mano en el pestillo se abrió la puerta desde fuera y penetró en la barraca uno de los aposentadores del «Wanderer».

—¿Está aquí el capitán Helling, señor? —dijo, dirigiéndose a Wardour.

Wardour señaló a Crayford.

—El teniente se lo dirá.

Crayford interrogó al aposentador.

—¿Qué quiere usted del capitán Helling?

—Vengo a darle una noticia, señor. Hemos tenido un accidente en el hielo.

—¿A quién le ha ocurrido? ¿A un marinero?

—No señor. A un oficial.

Wardour, que estaba a punto de marcharse, se detuvo, y tras pensarlo un momento, retrocedió hacia el sitio que ocupaba Frank. Crayford señaló al aposentador la puerta lateral de la barraca y dijo:

—Lamento lo del accidente. En esa habitación encontrará usted al capitán Holding.

Por segunda vez, con singular persistencia, Wardour reanudó la conversación con Frank.

—Entonces, ¿usted conoce a los Burhams? ¿Qué fue de Clara a la muerte de su padre?

El rostro de Frank se coloreó de una ira repentina.

—¿Clara? ¿Quién le autoriza a usted para hablar de miss Burham de una manera tan familiar?

Wardour asió la oportunidad de reñir.

—¿Y qué derecho tiene usted para interrogarme? —dijo rudamente.

A Frank se le subió la sangre a la cabeza. Olvidó la promesa hecha a Clara de guardar el secreto de sus relaciones; olvidó todo, excepto la irrefrenada insolencia de las maneras y del lenguaje de Wardour.

—Un derecho que tiene usted que respetar. El derecho de estar comprometido para casarme con ella.

La mirada de Crayford seguía alerta, y Wardour la sintió. Un momento más, y Crayford tendría que intervenir directamente. Pero Wardour, por una vez, se dio cuenta de la necesidad de reprimirse, costase lo que costase. Se disculpó, pues, con forzada cortesía.

—Imposible disputar semejante derecho. Quizá me excuse usted cuando sepa que soy uno de los amigos más antiguos de miss Burham. Mi padre y el suyo fueron vecinos, y nos hemos tratado siempre como hermanos.

Frank le interrumpió generosamente.

—No diga usted más. La falta ha sido mía, y le ruego me perdone.

Wardour le contemplaba con extraño interés mientras estaba hablando, y al terminar le hizo una extraordinaria pregunta:

—¿Le quiere a usted mucho?

Frank se echó a reír.

—Querido amigo, vaya a nuestra boda y juzgará.

Al oír estas palabras, Wardour lanzó una mirada a Frank que éste no vio, ocupado como estaba en plegar su mochila. Crayford la advirtió, sintiendo que se le helaba la sangre en las venas. Comparando las palabras que Wardour había pronunciado cuando estaban solos con las que en su presencia acababa de emitir, la única conclusión que podía deducirse era que la mujer a quien Wardour había amado y por quien había sido rechazado era Clara Burham. Frank era el hombre que se la había robado, y todo esto habíalo descubierto Wardour en el pequeño intervalo desde que se habían visto la última vez. «¡A Dios gracias —pensó Crayford—, los dados los han separado! Frank va con la expedición y Wardour se queda conmigo.»

Apenas había acabado de hacerse esta reflexión cuando la cortina de la habitación interior se descorrió y el capitán Heding, con los oficiales que iban a formar parte de la expedición exploradora, penetraron en el cuarto general para salir al exterior. Al ver a Crayford, el capitán Heding se detuvo para hablarle.

—Me acaban de comunicar un accidente que disminuye en uno el número de los expedicionarios. Mi segundo se ha caído, y, a juzgar por lo que dice el aposentador, debe haberse roto una pierna.

—Yo cubriré la vacante —dijo una voz desde el otro extremo de la barraca.

Todos miraron en aquella dirección. El que había hablado era Richard Wardour.

Crayford intervino en el acto con tanta vehemencia, que asombró a todos los que le conocían.

—¡No! —dijo—. ¡Usted, no, Richard!

—¿Por qué no? —preguntó Wardour con energía.

—Naturalmente, ¿por qué no? —repitió el capitán Heding—. Wardour es el hombre más a propósito para una larga marcha. Su salud es perfecta, y es el mejor tirador de nosotros. Precisamente iba yo a proponérselo.

Crayford dejó de ser el hombre respetuoso para sus superiores, y discutió sin rebozo la opinión del capitán.

—Wardour no tiene derecho a ir voluntario —replicó—. Se ha acordado, capitán Heding, que sea la suerte la que decida quién ha de ir y quién ha de quedarse.

—Y la suerte lo ha decidido —dijo Wardour—. ¿Cree usted que vamos a tirar de nuevo los dados para dar a un oficial del «Sea-Mew» la suerte de reemplazar a uno de «Wanderer»? Hay una vacante entre los nuestros, y reclamamos el derecho de cubrirla como nos plazca. Yo soy voluntario, y mi capitán me apoya. ¿Con qué autoridad va usted a retenerme aquí?

—Calma, Wardour —dijo el capitán Heding—. El hombre que está en lo cierto puede y debe hablar con moderación.

Y volviéndose a Crayford:

—Comprenda usted que Wardour tiene razón esta vez. El accidentado estaba bajo mi mando, y en recta justicia, debe cubrir su plaza uno de mis oficiales.

Era imposible ir más allá en la discusión del asunto. El hombre más negado hubiera visto que la respuesta del capitán era incontestable. Crayford, desesperado, cogió del brazo a Frank y se lo llevó unos cuantos pasos aparte. La última probabilidad que le quedaba de separar a los dos hombres era la de apelar a Frank.

—Querido amigo —empezó—. Tengo que decirle una palabra amistosa sobre su salud. Ya recordará usted que le he expuesto mis dudas sobre si estará bastante fuerte para formar parte de la expedición. En este momento siento esas dudas más intensamente que nunca. ¿Quiere usted escuchar el consejo de un amigo que desea su bien?

Wardour, que había seguido a Crayford, se interpuso rudamente antes de que Frank pudiera contestar.

—¡Déjele solo!

Crayford ni siquiera oyó la interrupción. Estaba tan ansioso de arrancar a Frank de la partida exploradora, que no se daba cuenta de lo que hablaban o hacían las personas que le rodeaban.

—No se exponga usted a unas penalidades que no podrá soportar, se lo ruego. Su plaza puede quedar cubierta fácilmente —siguió en tono de súplica—. ¡Quédese usted aquí conmigo!

De nuevo intervino Wardour, y otra vez, más rudamente que antes, dijo:

—¡Déjele usted solo!

Pero, ciego y sordo a toda consideración que no fuera la de convencer a Frank, Crayford siguió:

—Hace un momento confesaba usted que no estaba atemperado a las fatigas y a los sufrimientos. ¿No siente lo débil que le ha dejado su última enfermedad? Usted no desconoce —estoy seguro de ello— su incapacidad física para desafiar el frío intenso y las grandes caminatas por el hielo.

Irritado hasta un límite indescriptible ante la obstinación de Crayford, y viendo o creyendo ver en el rostro de Frank señales de que iba a ceder, Wardour se olvidó de todo, hasta el punto de coger a Crayford por un brazo e intentar separarlo de Frank. Crayford volvió y le miró fijamente.

—Richard —le dijo con mucha calma—, usted no está en sí. Suelte la mano.

Wardour dejó caer la mano con la sumisión forzada de un animal salvaje ante su domador. El momentáneo silencio que siguió dio a Frank la oportunidad de hablar.

—Muy agradecido, Crayford, por el interés que usted se toma por mí —empezó.

—¿Y seguirá usted mi consejo?

—Mi decisión es terminante, amigo mío —contestó Frank, firme y dolorido al propio tiempo—. Perdone si le desagrado, pero estoy alistado en la expedición, y con la expedición he de ir.

Se dirigió a Wardour e, inocente de toda sospecha, le dio unas palmadas cordiales en la espalda y le dijo:

—Cuando me sienta fatigado, usted me ayudará, ¿no es así? ¡Vamos, pues!

Wardour cogió de las manos de un marinero el fusil que éste llevaba para él. Su cara morena irradió de pronto con una terrible alegría.

—¡Venga —gritó— sobre la nieve y sobre el hielo! ¡Adonde no han pisado pies humanos y donde el hombre jamás deja huella!

Ciega e instintivamente, Crayford hizo un esfuerzo para separarlos. Los compañeros que estaban cerca le hicieron retroceder, y se miraron unos a otros ansiosamente. El frío implacable hiere de varias maneras a sus víctimas, y a algunas

les ataca primero a la razón. Todos querían a Crayford. ¿Iba a seguir éste el oscuro camino que otros habían seguido antes que él? Le obligaron a sentarse en uno de los cajones y le dijeron cariñosamente:

—Vamos, sea usted juicioso, amigo.

Crayford cedió doblegándose al sentimiento de su propia impotencia. ¿Qué podría hacer? ¿Podría denunciar a Wardour al capitán Helling, basándose en una sospecha sin la más leve sombra de prueba que lo justificara? El capitán se negaría a ofender a uno de sus oficiales mencionando siquiera la monstruosa acusación, y, como otros lo habían hecho ya, sacaría la conclusión de que la mente de Crayford había sufrido las consecuencias del frío y las privaciones. No quedaba ya esperanza sino en los demás de la expedición. Oficiales y marineros tenía gran afecto a Frank, y en tanto que pudieran ayudarle, le ayudarían y procurarían que ningún daño le sucediera.

Se oyó la voz de mando, fue abierta de par en par la puerta exterior y la barraca quedó bien pronto desalojada. Sobre la nitidez implacable de la nieve y bajo el cielo sombrío y amenazador comenzó su marcha la expedición. Los enfermos y los inútiles, cuya última esperanza de ser socorridos descansaba en sus compañeros que partían, los aclamaron débilmente. Algunos, pocos, cuyos días estaban contados, sollozaban como mujeres. La voz de Frank casi se ahogó en su garganta cuando éste se volvió en la puerta a decir las últimas palabras al amigo que había sido un padre para él.

—¡Dios os bendiga, Crayford!

Crayford se separó de los oficiales que le rodeaban, y adelantándose rápidamente, cogió a Frank por ambas manos y le retuvo, como si no quisiera dejarle marchar.

—Dios os guarde, Frank. Daría todo lo que tengo en el mundo por estar con usted. ¡Adiós, adiós!

Frank agitó su mano en señal de despedida, se enjugó una lágrima que corría por sus mejillas y partió rápidamente. Crayford le gritó el último y el único aviso que podía darle:

—Mientras usted pueda, no se separe del cuerpo principal de la expedición.

Wardour, que aguardó hasta lo último; Wardour, que seguía a Frank a través de los torbellinos de nieve, se detuvo, volvió unos pasos atrás y dijo a Crayford, que se mantenía en la puerta de la barraca:

—Mientras pueda, estará conmigo.

XI

LA MONTAÑA DE HIELO

¡Solos en el piélago helado! El sol ártico se eleva turbio en el cielo sombrío. Los rayos de la luna, fundiéndose extrañamente con la luz de la alborada, visten la nevada llanura de matices de un gris lívido. En el lejano horizonte, un campo de hielo, bajo la luz espectral, deriva lentamente hacia el Sur. Más cerca, una corriente de agua libre hace rodar sus pequeñas y negras olas sobre los bordes del hielo. Y aún más próximo, un «iceberg», arrastrado por la corriente, eleva al cielo sus pináculos y quebraduras, brillando aquí a los rayos de la luna y apareciendo más lejos, oscuro y espectral bajo la luz cenicienta.

Hacia la mitad del declive más bajo del «iceberg» se eleva algo que rompe la monotonía desolada de la escena. ¿Es posible que en esta horrible soledad haya algo que nos hable de la vida humana? ¡Sí! La oscura silueta de un bote se destaca sobre el «iceberg». En una caverna de hielo situada detrás del bote, las últimas llamas de un rescoldo vacilan de vez en cuando, iluminando las figuras de dos hombres. Uno, sentado, descansa su cabeza sobre un lado de la caverna. El otro yace postrado, con la cabeza apoyada en la rodilla de su camarada.

El primero está despierto y meditando; el otro, inmóvil, con la faz blanca y tranquila vuelta hacia el cielo, está dormido o muerto.

Desde hace muchos días, estos dos se han quedado atrás en la marcha de la expedición de socorro. Sus cansados y fracasados compañeros hace muchos días que los consideran irreparablemente perdidos. El que está sentado es Richard Wardour. El que yace dormido o muerto es Frank Aldersley.

La montaña de hielo deriva lentamente sobre las negras aguas y entre la luz cenicienta. Minuto tras minuto, el fuego va muriendo, y el frío mortal se arrastra, acercándose cada vez más, a los dos hombres extraviados.

Richard Wardour, como si despertara de un sueño, contempla la blanca y tranquila faz y coloca su mano en el corazón de Frank, que aún late débilmente. Dadle su parte de alimento y de madera para calentarse, todavía existentes en el bote, y Frank puede vivir. Dejadle abandonado donde está y su muerte es cuestión de horas, quizá minutos. ¿Quién sabe?

Richard Wardour levanta la cabeza del durmiente y la apoya sobre un lado de la caverna. Va al bote y vuelve con una astilla; se inclina para colocarla en el fuego y se detiene. Frank duerme y murmura en su sueño. El nombre de una mujer pasa por sus labios. Frank está ahora en Inglaterra, en el baile, confesando a Clara su amor.

Por la cara de Richard Wardour pasa la sombra de un pensamiento mortal. Se

levanta del fuego y vuelve al bote el trozo de madera. Su naturaleza de hierro está algo quebrantada, pero aún se mantiene firme. En la deriva del «iceberg», se van acercando cada vez más al mar libre. Puede botar la lancha sin ayuda de nadie, puede llevar con él el combustible y alimento. El que duerme en el «iceberg» es el hombre que le ha robado a Clara, que ha hecho naufragar sus esperanzas y la felicidad de su vida. ¡Dejadle que duerma, y morirá!

Así murmura la tentación. Richard Wardour prueba sus fuerzas con el bote, y lo mueve. Luego se detiene y mira a su alrededor. Más allá está el mar libre; detrás de él, el hombre que le ha robado a Clara. La sombra del pensamiento de muerte crece y pone una nueva sombra en su rostro. Con las manos apoyadas en el bote espera y piensa.

El «iceberg» deriva lentamente sobre las negras aguas y entre la luz lívida. Minuto tras minuto, muere el fuego; minuto tras minuto, el frío mortal se va arras-trando hacia el durmiente.

Richard Wardour espera aún... Espera y piensa.

XII

EL JARDÍN

La brisa de una noche de abril mueve apenas las flores. La luna luce en un cielo sin nubes y sin estrellas, y la calma de la media noche se extiende sobre la tierra y sobre el mar.

En una «villa» de la costa Oeste de la Isla de Waight, las ventanas del salón que dan al jardín están abiertas. Una señora, sentada junto a la lámpara colocada sobre una mesa, lee, y de vez en cuando mira al jardín y contempla la figura, vestida de blanco, de una joven que pasea lentamente de un extremo a otro del jardín, sobre la blanda hierba que brilla a la luz de la luna. La tristeza y la incertidumbre han dejado sus huellas sobre la señora. No solamente las rivales, sino hasta las amigas que antes la admiraban, convienen en que ahora parece ajada y de más edad. Las más piadosas juzgan, con igual verdad, que sus ojos, su cabellera y su gracia sencilla y majestuosa han perdido poco de sus antiguos encantos. La verdad, como suele suceder, está entre los dos extremos. A despecho de la tristeza y de los sufrimientos, mistress Crayford es la hermosa mistress Crayford aún.

La voz de la señorita del jardín turba suave el silencio delicioso de la hora.

—Póngase al piano, Lucy. La noche pide música. Toque algo digno de ella.

Mistress Crayford mira al reloj de la chimenea.

—¡Querida Clara, son más de las doce! Acuérdense de lo que la dijo el doctor. Hace una hora que debía usted estar en la cama.

—¡Media hora, Lucy! ¡Déjeme media hora más! Mire usted la luna reflejándose en el mar. ¿Es posible acostarse en una noche como ésta? Toque algo, Lucy, algo espiritual y bello.

Haciendo esta súplica encarecida a su amiga, Clara avanza hacia la ventana. También ella ha sufrido la influencia insana de la incertidumbre. Su rostro ha perdido la frescura juvenil, y cuando habla no sube a él ese suave color de antes. Los dulces ojos grises que ganaron el corazón de Frank están ahora, desgraciadamente, cambiados. En reposo, miran de una manera vaga y cansada, y cuando su dueña está alterada y nerviosa, miran extraviados y sin descanso, como si hubieran sido despertados de pronto de algún sueño espantoso.

Hay en la joven algo de fatídico y espectral cuando se va acercando a la ventana, envuelta en la luz de la luna llena, suplicando una música que sea digna del misterio y de la belleza de la noche.

—¿Vendrá usted aquí si toco? —pregunta mistress Crayford—. Es peligroso, querida, que esté hasta tan tarde al aire libre.

—¡No, no! ¡A mí me gusta estar aquí! ¡Toque mientras yo miro al mar! Esto me tranquiliza, me consuela y me hace bien.

Retrocede, deslizándose como un espectro sobre la pradera, y mistress Crayford se levanta y deja el volumen que estaba leyendo. Es una historia de exploraciones en los mares árticos. Ha pasado el tiempo en que las dos mujeres solitarias se tomaban interés por cosas que no se relacionaran con sus propias ansiedades. Ahora, cuando las esperanzas se van perdiendo por momentos, cuando las últimas noticias del «Wanderer» y del «Sea-Mew» son nuevas de hace dos años, no pueden leer nada ni pueden pensar en otra cosa que no sea peligros y descubrimientos, pérdidas y socorros en los terribles mares del Polo.

Mistress Crayford, de mala gana, se sienta ante el piano y lo abre. Sobre el instrumento yace el «Aria con variaciones», de Mozart. Una tras otra, interpreta las dulces melodías, tan sencillas, tan puras, tan bellas, de esta obra sin rival. Al terminar la «Variación novena» (favorita de Clara), hace una pausa y se vuelve hacia el jardín.

—¿Lo dejo aquí? —pregunta.

La interrogación queda incontestada. ¿Se ha alejado Clara más allá del alcance de la música que ama, de la música que armoniza tan sutilmente con la belleza suave de la noche? Mistress Crayford se levanta y avanza hacia la ventana.

No. Allí está la figura blanca y solitaria, en el declive de la pradera, de espaldas a la casa, con la cara vuelta hacia el mar encalmado, cuyas aguas, suavemente rizadas, terminan en la línea oscura del horizonte formado por la costa de Hampshire.

Mistress Crayford avanza hasta el sendero que está ante la ventana, y la llama.

—¡Clara!

Tampoco ahora hay contestación. La figura blanca permanece aún inmóvil en su sitio.

Mostrándose disgustada, pero sin apariencias de alarma, mistress Crayford vuelve a la habitación. La triste experiencia le dice lo que ha ocurrido. Llama a los criados y les ordena esperar en el salón hasta que les avise. Hecho esto, vuelve al jardín y se aproxima a la misteriosa figura, que permanece en perfecta quietud.

Muerta en lo exterior, como si yaciera ya en su sepultura, insensible al tacto y al sonido, fría e inmóvil como una piedra, Clara tiene el rostro vuelto hacia el mar. Mistress Crayford se coloca junto a ella, esperando pacientemente el cambio que sabe ha de venir. «Catalepsia», según dicen unos; «histeria», según otros; lo cierto es que, pasado el mismo intervalo de tiempo, aparece siempre idéntico cambio.

Ni una variación en sus ojos, que están muy abiertos, fijos y vidriosos. Lo primero que hace es mover las manos. Las levanta despacio y las agita como si estuviera palpando en la oscuridad. Transcurrido otro intervalo de tiempo, el movimiento se transmite a los labios, que se separan y tiemblan, y al cabo de un rato, las palabras fluyen una a una en tono opaco, como si estuviera hablando en sueños.

Mistress Crayford vuelve la vista hacia la casa, sospechando la curiosidad de los sirvientes. Sabe, por triste experiencia, que no debe confiar en que éstos oigan las palabras que pronuncia Clara en el éxtasis. ¿Se ha aventurado alguno de ellos en el jardín? No; están donde nada pueden oír, en la ventana del salón, esperando la señal.

Volviéndose de nuevo hacia Clara, mistress Crayford oye las palabras sin matices que fluyen rápidas de sus labios.

—¡Frank, Frank! ¡No se quede atrás! ¡No confíe en Richard Wardour! ¡Mientras pueda, no se separe de los hombres! (Las palabras de alarma dichas por Crayford en las soledades del mar de hielo, repetidas por Clara en el jardín de su casa de Inglaterra.)

Sigue un momento de silencio, transcurrido el cual, ha cambiado la visión. Clara le ve ahora en el «iceberg», a merced del peor enemigo que tiene en la tierra. Le ve derivando sobre las aguas negruzcas, a la luz cenicienta.

—¡Despierte, Frank! ¡Despierte y defiéndase! ¡Wardour sabe que le quiero a usted, y en venganza, va a quitarle la vida! ¡Despierte, Frank, despierte! ¡Que va usted a morir!

Sigue un alarido siniestro y terrible, y luego, como si hablara consigo misma, dice:

—¡Derivando hacia la muerte! ¡Derivando hacia la muerte!

Sus vidriados ojos toman expresión más suave, y después se cierran. Corre por su cuerpo un largo estremecimiento y el color se muestra débilmente sobre la pálida faz, desapareciendo enseguida. Sus labios no pueden ya pronunciar palabra, y se desploma en brazos de mistress Crayford.

Los sirvientes ayudan a llevarla a la cama, dejándola insensible sobre el lecho. Pasada media hora o más, abre los ojos, esta vez con la luz de la vida en ellos, y mira lánguidamente a su amiga, que está sentada junto a la cabecera de la cama.

—He tenido un espantoso sueño —murmura débilmente—. ¿Estoy enferma, Lucy? ¡Me siento tan débil!

Y diciendo esto, se queda dormida súbitamente, con un sueño tranquilo y natural, como el de los niños cansados de jugar el día entero. Aunque todo ha terminado, aunque no es preciso que nadie se quede a velar, mistress Crayford sigue en su puesto, junto a la cabecera del lecho, demasiado angustiada y despierta para retirarse a su habitación.

Otras veces ha logrado rechazar de su mente las palabras que durante el éxtasis salían de los labios de Clara. Pero ahora, el esfuerzo para no recordarlas es superior a su voluntad. Las palabras la obsesionan. En vano llama a su memoria todo lo que los médicos han dicho hablando de Clara cuando está en éxtasis. «Los temores por el hombre desaparecido, a quien ama, se mezclan en su mente con lo que constantemente lee sobre tentativas, peligros y salvamentos en los mares árticos. Las

cosas más extraordinarias que pueda decir o hacer son todas atribuibles a esta causa y pueden ser explicadas por ella.» Esto han dicho los doctores, y mistress Crayford ha participado de su opinión. Pero esta noche, las palabras de la muchacha tienen en su oído un extraño sonido profético. Y solamente esta noche se pregunta a sí misma: «¿Estaba Clara presente en espíritu con nuestros amados, perdidos en el solitario Septentrión? ¿Puede una vista mortal contemplar a los muertos y a los vivos en la soledad del mar del hielo?»

XIII

NOTICIAS DE LOS AUSENTES

Amanecía.

De cerca y de lejos, la vista del jardín era más alegre y más brillante a la luz del sol mañanero. Alrededor de la «villa» percíbense los alegres sonidos que nos hablan de vida y movimiento. En el jardín de la casa próxima oíanse las voces de los niños que jugaban. A lo largo de la carretera, a espaldas de las casas, chirriaban las ruedas de los carros y coches que pasan a intervalos. Por la parte del mar, el zumbido de las máquinas denunciaba de tiempo en tiempo el paso de vapores que entraban o salían en el estrecho entre la Isla y la Gran Bretaña. En los árboles cantaban los pájaros alegremente, ante el murmullo de las hojas, y en la casa, las criadas reían alguna chanza o historia que alegraba su trabajo. En suma, un tiempo hermoso y un día brillante, digno de ser vivido.

Las dos damas descansaban en un banco del jardín después de haber dado un paseo por el campo de los alrededores. Cambiaron unas cuantas palabras triviales respecto a la belleza del día y quedaron silenciosas.

Con la misma consciencia de lo que había visto en el éxtasis que las personas en general tienen de lo que han visto en sueños —y creyendo en la visión que había tenido, como una revelación sobrenatural—, los peores presentimientos de Clara habíanse convertido en verdades dentro de su espíritu. El íntimo conocimiento que de ella tenía mistress Crayford le dijo lo que estaba pasando en la mente de Clara. Cualquier intento de razonamiento o de amonestación sería poco menos que malgastar voluntariamente las palabras y el tiempo. La inclinación que mistress Crayford había sentido la noche anterior a conceder una importancia supersticiosa a las palabras que Clara había pronunciado en el éxtasis se había desvanecido con la luz de la mañana. El descanso y la reflexión habían aquietado su espíritu y restablecido la influencia sedante de su buen sentido. Simpatizando con Clara en todo, veía con pesadumbre, mientras estaban sentadas juntas recibiendo las agradables caricias del sol, la sombría desesperación de su amiga. Ella, que aún podía esperar, no tenía nada que decir a la triste compañera que había perdido la esperanza. Así transcurrían tranquilos los minutos, y las dos amigas seguían sentadas en silencio.

Pasó una hora, y sonó la campanilla de la puerta.

Ambas se estremecieron, porque ambas conocían quién llamaba. Era la hora en que el cartero traía los periódicos de Londres. En días pasados, ¡cuántos cientos de veces habían rasgado la cubierta que envolvía el periódico y mirado a la misma columna con idéntica mezcla de esperanza y desesperación! Allí estaba, como estuvo

el día anterior y como estaría al siguiente, si vivían, la sirvienta, con el periódico de Lucy y el periódico de Clara en la mano. ¿Harían ambas lo que habían hecho tan a menudo los días pasados? No. Mistress Crayford rasgó la cubierta, como de costumbre; pero Clara, sin abrirlo, lo dejó a su lado en un asiento del jardín.

Mistress Crayford miró en silencio adonde siempre había mirado, a la columna dedicada a las últimas noticias del extranjero. En el instante en que su mirada se posó en la página dio un grito de alegría, cayó el periódico de su mano temblorosa y cogió a Clara entre sus brazos.

—¡Ah, querida, querida mía! ¡Noticias de ellos, al fin!

Sin contestar, sin el más ligero cambio en la mirada o en las maneras, Clara cogió el periódico del suelo y leyó el epígrafe de la columna, impreso en grandes caracteres:

«La expedición Ártica.»

Esperó, mirando a mistress Crayford.

—¿Quiere usted que lo lea en voz alta? —preguntó.

Mistress Crayford estaba demasiado agitada para contestar con palabras, e hizo señas impacientemente para que siguiera.

Clara leyó la información, que decía así:

«Hemos recibido la siguiente noticia, procedente de San Juan de Terranova. Se dice que el ballenero “Rlythewood” ha encontrado en el estrecho de Davis a los oficiales y marineros supervivientes de la expedición. Muchos han muerto, y se supone que hay algunos desaparecidos. La lista de los salvados, hecha por los tripulantes del ballenero, no puede considerarse como absolutamente exacta, debido a que las circunstancias han sido adversas a la investigación. El barco se vio apremiado por el tiempo, y los expedicionarios, que en mayor o menor grado sufrían de inanición, no estaban en condiciones de prestar la ayuda necesaria a la investigación. En el próximo correo recibiremos más detalles.»

Seguía la lista de los supervivientes, empezando por los oficiales de mayor categoría. Las dos leyeron la lista. El primer nombre era el del capitán Helsing; el segundo, el del teniente Crayford.

Al llegar a este punto, la alegría venció a la esposa. Después de una pausa rodeó con su brazo la cintura de Clara y dijo:

—¡Ah, querida mía! ¿Es usted tan feliz como yo? ¿Está también ahí el nombre de Frank? Tengo los ojos llenos de lágrimas; lea usted por mí; yo no puedo.

—He leído —dijo en tono tranquilo y melancólico— hasta llegar a su marido. Ya no necesito leer más.

La busca en la lista de los supervivientes fue vana. El nombre de Frank no estaba

en ella. En una segunda lista encabezada con las palabras «Muertos o desaparecidos», los dos primeros nombres que aparecían eran:

Frank Aldersley.

Richard Wardour.

Mistress Crayford, apenada y sin encontrar palabras de consuelo, miraba a Clara. ¿Tendría la suficiente fuerza en su delicada salud para resistir el golpe? Sí; lo soportaba con una resignación extraña y poco natural. Miraba y hablaba con la triste posesión de sí misma que le daba la desesperación.

—Estaba preparada para ello —dijo—. Le vi la última noche en espíritu. Richard Wardour ha descubierto la verdad, y Frank ha pagado la pena con su vida. Yo, yo sola soy la culpable.

Se estremeció y puso la mano sobre su corazón.

—No estaremos mucho tiempo separados. Lucy. Iré yo a él. El no volverá a mí.

Estas palabras fueron dichas con una tranquila certidumbre que era horrible de oír. Después de un momento se levantó para volver a la casa. Mistress Crayford la cogió por la mano y la obligó a tomar asiento de nuevo.

—¡No me mire usted ni me hable de esa manera! —exclamó—. ¡Clara! Es indigno de un ser razonable, es dudar de la clemencia de Dios, decir lo que acaba usted de decir. ¡Vea otra vez los periódicos! Le dicen a usted bien claramente que su información no es del todo exacta; le aconsejan que espere nuevas noticias. Las mismas palabras del encabezamiento me demuestran cuán poco saben ellos de la verdad. «Muertos “o” desaparecidos.» Según su propio testimonio, es tan posible que Frank haya desaparecido como que esté muerto. El próximo correo puede traerla a usted una carta de él. ¿Me escucha usted?

—Sí.

—¿Me va a negar usted lo que la digo?

—No.

—¡Sí! ¡No!... ¿Es ésta la manera de contestarme, cuando estoy tan afligida y tan ansiosa respecto a usted?

—Siento haber hablado así, Lucy. Nosotras miramos las cosas de muy diferentes maneras. Yo no discuto, querida mía, que su punto de vista sea el más razonable.

—¿Usted no lo discute? —replicó mistress Crayford con mucha vehemencia—. ¡No! Hace usted algo peor: persiste usted en su opinión teniendo los periódicos delante. ¿Cree usted o no en los periódicos?

—Creo en lo que vi la noche pasada.

—¡En lo que vio usted la noche pasada! ¡Usted, una mujer educada e inteligente, cree en una visión de su propia fantasía! ¡En un mero sueño! ¡Me asombra que no se avergüence de hablar así!

—Llámele sueño, si le parece. Otras veces he tenido sueños, y se han cumplido.

—Sí —dijo mistress Crayford—. Una vez pueden, por casualidad, haber resultado ciertos, y usted ha reparado en ello y les concede toda su fe. Vamos, Clara, sea usted sincera. ¿Y las veces que el azar ha estado en contra de usted, y los sueños no se han cumplido? Las personas supersticiosas son todos iguales: olvidan ustedes sus sueños y sus pensamientos cuando resultan falsos. Por mí, si no por usted —continuó en tono más amable y tierno—, pruebe a ser más razonable y a tener más esperanza. No pierda su confianza en el futuro y su fe en Dios. Dios, que ha salvado a mi marido, puede salvar a Frank. Donde hay duda hay esperanza. No amargue mi felicidad, Clara. ¡Pruebe a pensar como yo pienso, aunque sea para demostrarme su cariño!

Rodeó con su brazo el cuello de la joven y la besó. Clara devolvió el beso y contestó, triste y sumisa:

—Porque la quiero, probaré, Lucy.

Luego de contestar en estos términos, suspiró y no dijo más. Para cualquiera menos observador que Lucy, hubiera sido evidente que las palabras de ésta no habían producido en Clara efecto saludable. Cesó de defender su modo de pensar, no habló más de ello; pero la terrible convicción de la muerte de Frank a manos de Wardour había arraigado más firmemente que nunca en su mente. Desalentada y triste, mistress Crayford la dejó y penetró en la casa.

XIV

EL «AMAZÓN», PARA NORTEAMÉRICA

En la ventana del salón de la «villa» apareció un hombre pequeño, de finos modales y ojos brillantes e inteligentes. Sencillamente vestido de negro, según la costumbre profesional, su aspecto proclamaba al médico rural acreditado y próspero en un amplio círculo de enfermos y amigos. Cuando mistress Crayford se aproximó a él, adelantándose vivamente con ambas manos extendidas, en cordial saludo.

—Querida señora, ¡acepte mi enhorabuena más sincera! He leído la noticia en el periódico, y difícilmente podría sentir más alegría si tuviera el honor de conocer personalmente al teniente Crayford. En casa pensamos celebrarlo, y antes de salir he dicho a mi mujer: «¡Una botella de Madeira añejo en la comida de hoy para beber a la salud del teniente!» ¡Dios le proteja! ¿Cómo está nuestra enfermita? Las noticias que hay para ella no son del todo como podríamos desear. A decir verdad, estoy algo preocupado sobre el efecto que han de hacerle, y por eso he venido antes de la hora habitual. No es que yo tenga una opinión muy pesimista, ya que existe duda acerca de la exactitud de la información en lo que concierne a míster Aldersley, y esto es un buen tanto en su favor. Yo le concedo —como dicen los leguleyos— el beneficio de la duda. Miss Burham, ¿le otorga también ese beneficio? Confieso que no lo espero.

—Miss Burham me ha hecho sufrir y me ha alarmado —contestó mistress Crayford—. Precisamente cuando nos hemos encontrado venía pensando en enviar por usted.

Con estas palabras a guisa de introducción, contó al doctor exactamente lo que había ocurrido, repitiendo no sólo la conversación que acababa de tener con Clara, sino las palabras que ésta había pronunciado durante el éxtasis de la noche anterior.

El doctor escuchaba atentamente. Poco a poco, a medida que mistress Crayford hablaba, iba desvaneciéndose en su rostro la alegre expresión habitual, hasta quedar transformado en un hombre grave y pensativo.

—Veamos a la enferma —dijo.

Se sentó al lado de Clara y estudió cuidadosamente su rostro mientras la tomaba el pulso. Entre el temperamento místico y soñador de Clara y el carácter francamente práctico del médico no había simpatía. A Clara le disgustaba el doctor, aunque no lo decía, y sometíase impaciente a la minuciosa investigación de éste. La interrogó, y ella contestó irritada. Avanzando un paso más (no era hombre que se descorazonara fácilmente), habló de las noticias de la expedición asumiendo el tono de amonestación que había ya adoptado mistress Crayford. Clara declinó discutir el asunto, se levantó con ceremoniosa cortesía y pidió permiso para volver a casa.

—Usted lo tiene siempre, miss Burham —contestó él resignadamente, no sin antes lanzar una mirada a mistress Crayford, que expresaba claramente: «Quédese aquí conmigo.»

Clara hizo una inclinación de cabeza y los dejó solos. Los brillantes ojos del doctor siguieron a la grácil y desolada figura de la joven con una expresión de grave ansiedad, de la que con recelo se dio cuenta mistress Crayford. El médico no dijo nada hasta que Clara hubo desaparecido bajo la «veranda» que corría alrededor del jardín lateral de la casa.

—Creo que usted me dijo —empezó— que miss Burham no tiene padre ni madre.

—Efectivamente. Es huérfana.

—¿Tampoco tiene parientes próximos?

—No. Puede usted hablarme como tutora y amiga. ¿Encuentra usted su estado alarmante?

—Me tiene seriamente preocupado. Hace sólo dos días que vine, y encuentro que ha empeorado física y moralmente. ¡No se alarme usted sin necesidad! Confío en que el caso no sea irremediable. La gran esperanza para nosotros sería la de que míster Aldersley viviera. En ese caso, no sentiría yo recelos acerca del futuro. El matrimonio haría de ella una mujer feliz y saludable. Pero tal y como están las cosas, temo que la firme convicción que tiene de que míster Aldersley ha muerto concluirá por matarla en breve. En su estado actual de salud, esta idea, obsesionándola noche y día, producirá su influencia en el cuerpo y en el espíritu, y, a menos que podamos refrenar el mal, se perderán sus últimas reservas de energía. Esta es mi opinión, y si usted desea la de otro compañero, le ruego envíe por él.

—Me satisface completamente su opinión —dijo mistress Crayford—; pero, ¡por amor de Dios, dígame lo que podemos hacer!

—Podemos intentar un cambio de ambiente. Sacarla en seguida de este lugar.

—Rehusará dejarlo —replicó mistress Crayford—. Más de una vez se lo he propuesto, y siempre se ha negado.

El doctor hizo una breve pausa, como hombre que concentra sus pensamientos.

—Al venir aquí —prosiguió— he oído algo que me sugiere un medio de obviar la dificultad de que acaba usted de hablarme. Y, a menos que esté totalmente equivocado, miss Burham no dirá que no al cambio de ambiente en la forma que he pensado.

—¿De qué se trata? —preguntó con ansiedad mistress Crayford.

—Perdóneme si, a mi vez, le hago una pregunta antes de contestar —dijo el doctor—. ¿Tiene usted alguna buena influencia en el Almirantazgo?

—Ciertamente. Mi padre está en la Secretaría, y dos de los lores del Almirantazgo son hermanos suyos.

—Muy bien. Ahora puedo hablar a usted llanamente, sin temor de producirla una

desilusión. Después de lo hablado, convendrá usted conmigo en que el único cambio que puede ser útil a miss Burham será aquel que modifique el estado actual de su mente en lo que a míster Aldersley concierne. Coloquémosla en posición en que pueda descubrir —no por medio de sus desordenadas visiones y fantasías, sino por la evidencia de un hecho incontestable— si míster Aldersley vive o no, y habremos puesto punto final a las ilusiones histéricas que amenazan minar su organismo. Aun llevando las cosas a lo peor, aun suponiendo que míster Aldersley haya muerto en los mares árticos, será menos dañoso para ella descubrir esta posibilidad que dejar a su mente alimentarse, durante semanas y semanas, con sus mórbidas especulaciones y supersticiones en tanto llegan a Inglaterra nuevas noticias de la expedición. En una palabra: es preciso que antes de que termine esta semana esté usted en situación de poner a prueba el convencimiento actual de miss Burham. Suponga usted que puede decirle: «Nosotros diferimos acerca de la suerte de míster Aldersley. Usted afirma, sin la menor sombra de razón, que ha muerto, y, peor aún, que ha perecido a manos de uno de sus compañeros. Yo aseguro, bajo la autoridad del periódico, que no ha ocurrido semejante cosa, y que las probabilidades están todas a favor de que viva. ¿Qué le parece a usted si cruzáramos el Atlántico para decidir quién de las dos tiene razón?» ¿Cree usted, mistress Crayford, que miss Burham dirá que no a esto? O yo no conozco nada del corazón humano, o miss Burham se asirá a esta ocasión como medio de hacer de usted una creyente en la segunda vista.

—¡Bondad de Dios, doctor! ¿Quiere usted decir que tenemos que embarcarnos para ir a buscar la expedición ártica?

—¡Admirablemente adivinado, mistress Crayford! Eso es exactamente lo que he querido decir.

—Pero, ¿cómo hacerlo?

—Se lo diré inmediatamente. Hace un momento mencioné que había oído algo al venir a esta casa. ¿No fue así?

—Efectivamente.

—Pues bien: en la misma puerta de mi casa encontré a un antiguo amigo que me acompañó parte del camino. La noche pasada, este amigo cenó con el almirante en Portsmouth. Entre los convidados había un miembro del Ministerio que comunicó a los comensales las noticias de la expedición, añadiendo que era casi seguro que el Almirantazgo enviaría inmediatamente un barco para ir a las costas de América, donde están los hombres salvados de la expedición, y traerlos a la patria. ¡Aguarde un poco, mistress Crayford! En circunstancias similares a ésta, los buques de Su Majestad han recibido como pasajeros a determinadas y privilegiadas personas, y lo que en otras ocasiones se ha logrado, puede lograrse ahora. No puedo decir más. Si usted no tiene miedo del viaje por usted, yo no lo tengo por mi enferma; al contrario, lo creo favorable desde el punto de vista médico. ¿Qué dice usted? ¿Quiere usted

escribir a su padre y decirle que pruebe su influencia con sus amigos del Almirantazgo?

Mistress Crayford se puso en pie, muy excitada.

—¡Escribir! —exclamó—. Haré algo mejor. El viaje a Londres no es gran cosa, y el ama de llaves es de confianza y puede cuidar de Clara durante mi ausencia. ¡Veré a mi padre esta noche y hará buen uso de su influencia en el Almirantazgo! Puede usted confiar en ello. ¡Ah, querido doctor, qué perspectiva! ¡Mi marido! ¡Clara! ¡Qué descubrimiento ha hecho usted! ¡Es usted un tesoro! ¿Cómo podré yo agradecersele bastante?

—Tranquilícese, querida señora. No esté usted tan segura del éxito. Consideremos las objeciones de miss Burham como allanadas de antemano y suponga usted que los lores del Almirantazgo dicen que no.

—En ese caso, iré a verlos, doctor. Los lores son hombres, y los hombres no acostumbran a negar a una dama una petición razonable.

Una semana después, el «Amazón», navío de Su Majestad, zarpaba para América del Norte. Ciertas personas fueron autorizadas para ocupar los camarotes vacantes a bordo. En la lista de estos huéspedes del barco figuraban dos damas: mistress Crayford y miss Burham.

XV

LA CASA FLOTANTE

¡Otra vez el mar libre! ¡El mar cuyas aguas rompen en las costas de Terranova!

Un navío inglés manteníase al ancla en plena mar. El navío era perfectamente visible a través de la abierta puerta de una gran casa-embarcación fondeada inmediata a la costa, y que formaba parte de la estación pesquera de la isla.

En el momento a que nos referimos, la única persona que había en la casa flotante era un hombre vestido de marinero. Sentado en una caja, con un pedazo de cuerda en las manos, miraba perezosamente hacia el mar. Sobre una mesa de carpintero cercana a él había un objeto que parecía extraño estuviese allí: un velo de mujer.

El navío era el «Amazón», despachado en Inglaterra para recoger a los oficiales y marineros supervivientes de la expedición ártica. Éstos habían sido hallados felizmente por el «Amazón» hacía tres días en la costa de Norteamérica, pero el viaje de regreso había sufrido una dilación por una tormenta que arrastró al buque fuera de su ruta. Al tercer día, aprovechando la primera calma que sobrevino, el comandante del «Amazón» había anclado en la costa de Terranova y enviado la gente a tierra para aumentar la provisión de agua antes de hacerse a la mar para Inglaterra. Los fatigados pasajeros habían desembarcado por unas pocas horas para resarcirse de las penalidades de la tempestad. Entre ellos había dos señoras. El velo que había quedado sobre la mesa de carpintero era el de Clara, y el alegre sujeto que, sentado sobre una caja y con una cuerda en la mano, contemplaba el mar, era un antiguo amigo nuestro: John Waut.

Todavía descansaba sobre la caja cuando fue sorprendido por la aparición de un marinero.

—¡Avive el trabajo, John Waut! El teniente Crayford viene a verlo.

Tras este aviso, desapareció el marinero. John Waut se levantó gruñendo, volvió la caja y se puso a sujetarla con la cuerda. El cocinero del barco no era hombre que mirara su salvamento con esa satisfacción que animaba a sus compañeros de fatigas. Por el contrario, se sentía ingratamente dispuesto a añorar el Polo Norte. La cadena de los pensamientos de John Waut era la siguiente:

—Si hubiera sabido, antes de ser salvado, que me traían a este lugar, creo que hubiera preferido quedarme en el Polo Norte. Era yo muy feliz en el Polo, manteniendo elevado el espíritu de todos. Otro hombre, en mi lugar, se sentiría inclinado a decir que esta casa-embarcación de Terranova es una vivienda demasiado fangosa, pegajosa y sucia para servir de refugio a nadie. Otro hombre pondría reparos a los sempiternos bacalaos de Terranova y a las sempiternas nieblas de Terranova. En el

Polo Norte teníamos algunos osos magníficos. ¡No importa! ¡Yo no murmuro! ¡A mí todo me es igual!

—¿Ha terminado usted de atar esa caja?

Esta vez, la que sonó fue una voz autoritaria, y el hombre que se presentó en la puerta, el teniente Crayford. John Waut contestó alegremente al oficial:

—Lo he hecho lo mejor que he podido, señor, pero la humedad de este sitio empieza a empapar nuestros pulmones. Solamente hablo de las cuerdas.

Crayford contestó rudamente.

Parecía haber perdido su primitivo gusto por el humor de John Waut.

—Al ver sus viajes, cualquiera creería que el salvamento de usted de las regiones árticas había sido una gran desgracia. Merecía usted que le enviaran de nuevo a ellas.

—Estaría tan contento como siempre si me llevaran otra vez a ellas, señor. Creo que soy agradecido, pero no me agrada oír hablar del Polo Norte en un lugar de pesca como éste. El Polo Norte estaba muy limpio y muy nevado, y esto es muy húmedo y muy arenoso. ¿Usted no echa nunca de menos su sopa de huesos? Yo sí. Pueda ser que no tuviera mucha sustancia, pero estaba muy caliente. ¿Era usted el que tosía tanto la noche pasada? No quiero decir nada contra el aire de estas latitudes, pero celebraría mucho que el de la tos perruna no hubiera sido usted. ¿Sería usted tan amable que quisiera palpar estas cuerdas? Luego puede usted secarse en la espalda de mi chaqueta.

—Debían darle a usted un palo en la espalda de su chaqueta. Coja usted esa caja y llévela en seguida al bote. ¡Vagabundo gruñón! ¡Usted habría murmurado en el jardín del Edén!

El filósofo de la expedición no era hombre a quien le hiciera callar una referencia al jardín del Edén. El mismo Paraíso no era perfecto para John Waut.

—Espero que me hallaré a gusto en cualquier parte, señor. Pero fíjese bien en lo que digo. Las flores de los lechos en el jardín del Edén deben producir necesariamente bastantes molestias.

Una vez pronunciada esta protesta incontestable, John Waut se echó a hombros la caja y se la llevó fuera de la casa.

Cuando Crayford se quedó solo miró al reloj y llamó a un marinero que estaba en la parte de fuera.

—¿Dónde están las señoras?

—Miss Crayford viene hacia aquí.

—¿La acompaña miss Burham?

—No, señor. Miss Burham está en la playa con los pasajeros. He oído a la señorita preguntar por usted.

—¿Preguntando por mí?

Se quedó un momento pensativo, y añadió en tono grave:

—Lo mejor que puede usted hacer es decir a miss Burham que me ha visto aquí.

El marinero saludó y se fue. Crayford dio una vuelta por la casa-embarcación.

No obstante, haber sido librado de la muerte en los desiertos árticos y de haberse reunido con su hermosa mujer, el teniente parecía lleno de ansiedad y muy deprimido. Su pensamiento estaba fijo en Clara.

El primer día, cuando los salvados fueron recibidos a bordo del «Amazón», Clara había puesto en un compromiso no sólo a Crayford, sino a los demás oficiales de la expedición, por la manera de interrogarles acerca de Frank Alderley y Richard Wardour. No había dado muestras de debilidad o de desmayo cuando supo que no se había recibido noticias de los dos extraviados. Hasta había sonreído tristemente cuando Crayford, con miradas piadosas, afirmó que ni él ni sus camaradas habían perdido la esperanza de ver a Frank y a Wardour. Solamente después que el teniente su hubo expresado en estos términos, y cuando creían todos que la dolorosa conversación había terminado, les sorprendió a todos anunciando que ella tenía algo que decir sobre Frank y Wardour que aún no se había dicho. Aunque hablaba cautelosamente, las palabras que siguieron revelaban sospechas del mal que había sobrevenido a Frank y del posible causante, que reflejaban pensamientos similares en la mente de Crayford, lo cual entristeció al teniente y sorprendió a sus compañeros de tal modo, que no encontraron palabras para contestar. Los barruntos de la tormenta que poco después cogió al navío eran ya visibles en el mar y en el cielo. Crayford se valió de ellos para excusarse por dejar bruscamente el camarote donde la conversación se celebraba, y sus compañeros, aprovechando el ejemplo, pretextaron sus deberes de cubierta y salieron a su vez.

Al día siguiente y al otro, el temporal continuó, y los pasajeros no pudieron abandonar sus camarotes. Pero una vez calmado el mar y el barco al ancla, cuando oficiales y pasajeros bajaron a tierra y tuvieron unas horas libres, Clara tendría ocasión de volver al tema de los hombres extraviados y de hacer preguntas cuya contestación no podría excusar Crayford. ¿Cómo iba a salir al paso a estas interrogaciones? ¿Cómo podría tenerla ignorante de la verdad?

Éstas eran las reflexiones que entonces turbaban a Crayford, y que, tras de su salvación, le daban el aspecto, a todas luces impropio, de un hombre deprimido y lleno de ansiedad. Sabía bien que sus colegas habían de dejarle el peso de la responsabilidad, y si declinaba aceptarla, instantáneamente quedaría confirmada la horrible sospecha en la mente de Clara.

¿Cómo saldría del compromiso a la vez honrada y piadosamente? no podía decirlo. Estaba sumido en sus sombríos pensamientos cuando entró su mujer en la casa. Al mirarla vio reflejadas en el rostro de ella sus propias preocupaciones y ansiedades.

—¿Has visto a Clara? ¿Está aún en la playa?

—Viene detrás de mí —replicó mistress Crayford—. He estado hablando con ella esta mañana, y la encuentro tan decidida como siempre a insistir en que la digas en qué circunstancias se ha extraviado Frank. Tal y como están las cosas, no hay más remedio que contestar.

—Ayúdame a hacerlo, Lucy. Dime, antes de que venga, de qué manera tuvo esa horrible sospecha. Todo lo que sabía cuando salimos de Inglaterra era que los dos hombres se habían alistado en barcos distintos. ¿Cómo ha podido sospechar que se juntaron?

—Clara estaba firmemente persuadida de que se reunirían cuando la expedición saliera de Inglaterra. Había leído en los libros de travesías árticas casos de hombres dejados atrás por sus camaradas durante la marcha y de marineros que iban a la deriva sobre una montaña de hielo. Con el espíritu lleno de estas imágenes y presagios, vio a Frank y a Wardour, soñó que los veía en uno de sus éxtasis. Yo estaba a su lado, y oí lo que dijo. Avisaba a Frank de que Wardour había descubierto la verdad, diciéndole: «¡Mientras puedas, no te separes de los otros hombres, Frank!»

—¡Gran Dios! —dijo Crayford—. Yo le previne casi con las mismas palabras la última vez que le vi.

—¡Que no lo sepa ella, William! ¡Que ignore lo que acabas de decirme! En vez de tomarlo como una coincidencia notable, que eso y no otra cosa es, lo vería como una confirmación positiva de la fe, de la miserable fe supersticiosa que la domina. Y comoquiera que hasta ahora no sabemos si Frank ha muerto y si lo ha sido a manos de Wardour, niégale lo que diga, engáñala por su bien y dispútala, como hago yo, todas sus conclusiones. Ayúdame a elevar su espíritu a una fe mejor y más noble en la clemencia de Dios.

Se detuvo y miró nerviosamente a la puerta de entrada.

—¡Silencio! —murmuró—. Haz lo que te he dicho. Aquí está Clara.

XVI

EL ESPECTRO

Clara se detuvo en la puerta, mirando desconfiadamente a su alrededor. Entrando en la casa flotante, cogió del brazo a Crayford y le llevó unos pasos más allá de donde estaba su mujer.

—Ahora no hay tempestad ni deberes que cumplir en el barco —dijo con una triste y leve sonrisa, que oprimió el corazón de Crayford—. Es usted el marido de Lucy, y a causa de ella espero que se interese por mí. No tema darme un disgusto; yo puedo sobrellevarlo bien. ¡Hermano y amigo! ¿No cree usted que tengo ánimos para oír lo peor? ¿Me promete no engañarme acerca de Frank?

La dulce resignación de su voz y la triste súplica que había en su mirada hicieron vacilar desde el principio el dominio de sí mismo de Crayford, que contestó de la peor manera posible, evasivamente:

—Mi querida Clara, ¿qué he hecho yo para que sospeche que la engaño?

Clara le dirigió una mirada escrutadora, y después miró a mistress Crayford con desconfianza. Hubo un momento de silencio. Antes de que ninguno de los tres pudiera hablar, fueron interrumpidos por la aparición de uno de los compañeros de Crayford, seguido por dos marineros que llevaban un canasto. Al instante, Crayford soltó el brazo de Clara y aprovechó la ocasión para hablar de otras cosas.

—¿Instrucciones del barco, Steventon? —preguntó, acercándose al oficial.

—Verbales solamente. El barco se hará a la mar con la marea. Dispararemos un cañonazo para reunir a la gente y enviaremos otro bote a tierra. Entretanto, aquí hay vituallas para los pasajeros. El barco está algo revuelto, y las señoras comerán más cómodamente aquí.

Al oír esto, mistress Crayford aprovechó la oportunidad para hacer que Clara guardara silencio.

—Venga, querida mía; vamos a poner el mantel antes de que entren los caballeros.

Clara tenía demasiado interés en lograr lo que se había propuesto para que se la hiciera callar de esa manera.

—En seguida voy a ayudarla —contestó. Y cruzando la habitación se dirigió a Steventon.

—¿Puede usted oírme unos minutos? —preguntó—. Tengo algo que decirle.

—Estoy enteramente a sus órdenes, miss Burham.

Stevenson despachó a los dos marineros. Mistress Crayford miró con ansiedad a su marido, y éste murmuró:

—No te alarmes acerca de Steventon. Está prevenido, y podemos confiar en su discreción.

Clara hizo señas a Crayford para que se acercara a ella.

—No le retendré a usted mucho —dijo—. Y prometo no entristecer a míster Steventon. A pesar de ser joven, verán ustedes que soy capaz de dominarme. No les pido que vuelvan a narrar la historia de sus pasados sufrimientos; solamente necesito asegurarme de que tengo razón en una cosa; me refiero a lo que ocurrió el día en que la partida exploradora fue despachada en busca de auxilio. Según tengo entendido, echaron ustedes a suertes para decidir quiénes iban a ir en la partida y quiénes habían de quedarse. Frank sacó la suerte para ir...

Hizo una pausa, estremeciéndose.

—Y Richard Wardour —continuó— sacó la suerte para quedarse. Por vuestro honor de oficiales y caballeros, ¿es verdad esto?

—Por mi honor que es verdad —contestó Crayford.

—Por mi honor que es verdad —repitió Steventon.

Clara miró a ambos, pensando cuidadosamente las palabras que iba a pronunciar.

—A ustedes dos les tocó en suerte quedarse en las barracas, y ambos están aquí. Richard Wardour, por su suerte debía quedarse. ¿Cómo es que su nombre figura al lado del de Frank en la lista de los desaparecidos?

La contestación a esta pregunta era peligrosa, y Steventon dejó a Crayford el cuidado de replicar.

—De que dos nombres estén juntos en una lista no puede decidirse, querida miss Burham, que las personas que los llevan hayan desaparecido estando juntas.

Clara sacó en el acto la conclusión inevitable a tan mal pensada respuesta.

—Frank —dijo— se extravió de la partida enviada en busca de socorros. ¿Debo pensar que Wardour se extravió de las barracas?

Crayford y Steventon dudaron. Mistress Crayford les dirigió una mirada de indignación, y sin dudar un momento dijo la mentira necesaria.

—Sí. Wardour se extravió de las barracas.

A pesar de la rapidez de la respuesta, había hablado demasiado tarde. Clara se dio cuenta de la duda momentánea que había asaltado a los dos oficiales, y se dirigió a Steventon.

—Confío en su honorabilidad —dijo tranquilamente—. ¿Estoy en lo cierto o estoy equivocada al creer que mistress Crayford sufre un error?

Al decir esto dirigiéndose a Steventon, acertaba con el hombre en quien más podía confiar. Steventon no tenía allí mujer que ejerciera autoridad sobre él. Y poniéndole por señuelo el honor, le obligó a decir algo, a confesar la verdad. Wardour había reemplazado a un oficial a quien un accidente incapacitó para incorporarse a la partida de socorro, y Wardour y Frank se extraviaron juntos.

Clara miró a mistress Crayford.

—¿Oye usted? —dijo—. Es usted la que está equivocada. Lo que usted llama «accidente» y lo que yo llamo «fatalidad» reunió a Richard Wardour y a Frank en la misma expedición.

Sin esperar respuesta se volvió a Steventon y le sorprendió cambiando de conversación.

—¿Ha estado usted en los «highlands» de Escocia? —preguntó.

—Nunca estuve en los «highlands» —contestó el teniente.

—¿Ha leído usted en los libros que traten de los «highlands» algo relacionado con la segunda vista?

—Sí.

—¿Cree usted en la segunda vista?

Steventon no quiso comprometerse con una respuesta directa.

—No sé lo que habría hecho si hubiera estado alguna vez en los «highlands», pero hasta ahora no he tenido ocasión de considerar seriamente el caso.

—No quiero poner a prueba su credulidad —siguió Clara—. No quiero pedirle que crea en algo más extraordinario que el sueño que tuve en Inglaterra. Mi sueño me mostró lo que acaba usted de confesar y algo más. ¿Cómo se separaron de la expedición los dos hombres extraviados? ¿Se perdieron por puro accidente o se quedaron atrás deliberadamente durante la marcha?

Crayford hizo un último y vano esfuerzo para detener las investigaciones de la joven en el punto en que habían llegado.

—Ni Steventon ni yo formábamos parte de la expedición de socorro. ¿Cómo vamos a contestar a usted?

—Sus compañeros, que fueron miembros de la partida, deben habérselo dicho —replicó Clara—. Yo sólo pido a usted y a míster Steventon que me cuenten lo que ellos les dijeron.

Mistress Crayford intervino de nuevo, esta vez con un argumento práctico.

—El almuerzo está aún sin desempaquetar —dijo—. ¡Venga, Clara! Que este es asunto nuestro, y el tiempo pasa.

—El almuerzo puede esperar unos pocos minutos más —contestó Clara—. Tenga paciencia con mi obstinación —continuó, poniendo su mano acariciadora en el hombro de Crayford—. Dígame por qué los dos hombres se separaron de los demás; usted, que ha sido siempre el más bondadoso de los amigos, ¿va a empezar ahora a ser cruel conmigo?

El tono en que hizo esta súplica fue derecho al corazón del marino, que, cediendo ante la lucha sin esperanzas, dejó entrever algún destello de la verdad.

—Al tercer día —dijo—, la fortaleza de Frank falló, cayendo víctima de la fatiga cuando iba rezagado.

—Y, seguramente, los otros le esperarían.

—Al esperarle se corría un gran riesgo, niña. Sus vidas y las de los hombres que había dejado en las barracas dependían —en aquel clima espantoso— de seguir adelante. Pero tenía muchas simpatías Frank, y le esperaron medio día para darle una probabilidad de recobrar sus fuerzas.

Al llegar aquí se detuvo y cerró sus labios, dándose cuenta de la imprudencia a que le había llevado su afecto por Clara.

Era, sin embargo, demasiado tarde para refugiarse en el silencio. Clara estaba decidida a oír más, y preguntó a Steventon:

—¿Siguió Frank adelante, después de medio día de descanso?

—Probó a seguir.

—¿Y fracasó?

—Sí.

—¿Qué hicieron los otros cuando vieron que no podía seguir? ¿Se volvieron cobardes? ¿Le dejaron abandonado?

Clara usaba intencionadamente este lenguaje, que, irritando a Steventon, había de obligarle a hablar sin tapujos. Era joven, y cayó en la trampa que le habían puesto.

—Ninguno de ellos era cobarde, miss Burham —replicó acalorado—. Está usted hablando cruel e injustamente de los hombres más bravos que han existido. El más fuerte de ellos dio el ejemplo y se ofreció voluntario para quedarse con Frank y llevarle tras de las huellas de la expedición.

Al llegar aquí se detuvo Steventon, consciente de que había ido demasiado lejos. ¿Iba a preguntarle ella quién era el voluntario? No; fue derecha a la pregunta más embarazosa que había hecho hasta entonces, refiriéndose al voluntario, como si Steventon hubiera mencionado su nombre.

—¿Por qué Richard Wardour estuvo tan presto a arriesgar su vida por causa de Frank? —dijo a Crayford—. ¿Lo hizo por amistad con Frank? Con toda seguridad que puede usted contestarme. Haga usted memoria de los días en que vivían todos juntos en las barracas. ¿Eran amigos Frank y Wardour por aquel tiempo? ¿No oyó usted nunca palabras violentas entre los dos?

Mistress Crayford vio la ocasión de poner en guardia a su marido.

—Querida niña, ¿cómo quiere usted que recuerden eso? Debió haber una porción de querellas entre unos hombres que llevaban tanto tiempo encerrados y juntos, y necesariamente estarían cansados unos de otros.

—Muchas —repitió Crayford—. Y todas terminaron bien.

—¡Vaya! Ahí tiene usted una contestación que ha de convencerla. No puede ser más evidente. ¿Está usted ahora contenta? Míster Steventon, venga y eche una mano al canasto. Clara no puede ayudarme. William, ¡hay que hacer algo! Este canasto tiene muchas cosas, y es preciso tener una división del trabajo. Su parte será poner la

mesa, ¡pero no de esa manera tan torpe! Desdoble el mantel como si estuviera desplegando una vela. Los cuchillos, a la derecha; los tenedores, a la izquierda, y el pan y la servilleta, entre ellos. Clara, si no tenía usted apetito, debe usted tenerlo ahora, con este airecillo tan fresco.

Clara parecía haberse rendido a la conspiración tramada en torno suyo para mantenerla en la oscuridad. Se había dirigido lentamente hacia la puerta de la casa y permanecía en pie en el umbral, mirando hacia el exterior. Al aproximarse a ella para llevarla a la mesa, mistress Crayford oyó que hablaba en voz baja consigo misma. Repetía las palabras de despedida de Richard Wardour en el baile:

—«Llegará un tiempo en que la perdone a usted; pero el hombre que la roba ha de lamentar el día en que los dos nos encontremos frente a frente.» ¡Frank! ¡Frank! ¿Vive aún Richard con la sangre de usted en la conciencia y la imagen mía en su corazón?

De repente se cerraron sus labios, se estremeció y retrocedió temblando violentamente. Mistress Crayford miró, sin ver otra cosa que el tranquilo panorama del mar.

—¿Hay algo que la asuste, querida mía? No veo más que los botes encallados en la arena.

—No puedo ver nada, Lucy.

—Y, sin embargo, tiembla usted como si por esa puerta apareciera algo horrible.

—Hay algo horrible; lo siento, aunque no lo vea. En el aire noto que se acerca y que se hace más oscuro a la luz del sol. ¡Lléveme de aquí! ¡No, fuera de la playa! ¡No puedo pasar la puerta! ¡A otra parte!

Mistress Crayford miró a su alrededor y advirtió una segunda puerta en el otro extremos de la casa.

—Mira adonde conduce esa puerta. William —dijo a su marido.

Crayford abrió la puerta, que daba a un cercado, medio jardín medio patio. Algunas redes extendidas sobre palos, para que se secaran, eran los únicos objetos que había a la vista. Tampoco había ningún ser viviente por allí.

—No parece un sitio muy agradable, querida —dijo a su mujer.

Ésta ofreció el brazo a Clara, pero ella lo rehusó y se cogió al de míster Crayford.

—¡Estoy asustada! —le dijo débilmente—. ¡Horriblemente asustada! Quédese usted conmigo; una mujer no es protección. Necesito estar con usted.

Miró a su alrededor, y de nuevo a la puerta principal.

—¡Estoy helada de terror! ¡Vamos al patio!

—¡Déjamela! —dijo Crayford a su mujer—. Yo te llamaré si no se pone mejor al aire libre.

La llevó fuera y cerró la puerta del patio tras de ellos.

—¿Entiende usted esto, míster Steventon? ¿De qué puede haberse asustado? —

preguntó mistress Crayford.

Hizo esta pregunta mirando a la puerta por donde Clara y su marido habían salido, y al no recibir respuesta, se volvió a Steventon, que estaba en pie al otro lado de la mesa, con los ojos fijos atentamente en el terreno que se veía a través de la puerta principal. Mistress Crayford miró adonde estaba mirando Steventon. Esta vez había algo visible. Mistress Crayford vio la sombra de una figura humana proyectada en la arena amarillenta y lisa que se extendía enfrente de su casa.

Un momento después apareció la figura de un hombre, que se acercó lentamente y se detuvo ante el umbral de la puerta.

XVII

EN EL MOMENTO DE LA VICTORIA

Su aspecto era terrible y siniestro. Brillaban sus ojos como los de un animal salvaje; llevaba la cabeza descubierta y alborotados y enredados los largos y grises cabellos. Sus miserables vestiduras colgaban hechas jirones a su alrededor. Se quedó en la puerta, semejante a la imagen muda de la miseria y la necesidad, mirando fijamente la bien provista mesa, como un perro hambriento.

Steventon le habló.

—¿Quién es usted?

—Un hombre desfallecido —contestó con ronca y profunda voz.

Avanzó unos pocos pasos lenta y dolorosamente, como si sucumbiera a la fatiga.

—Echadme algunos huesos de la mesa, dadme mi parte como si fuera uno de los perros.

Mientras decía estas palabras había en sus ojos tanta hambre como locura. Steventon colocó a mistress Crayford detrás de él, de modo que pudiera protegerla fácilmente en caso de necesidad, e hizo señas a dos marineros que pasaban por la puerta de la casa.

—Dad a ese hombre pan y carne y quedaos junto a él.

El vagabundo asió el pan y la carne con sus manos delgadas y de largas uñas que parecían garras. Después de dar el primer bocado a la comida, se detuvo pensativo, con la mirada perdida, y partió el pan y la carne en dos porciones. Una la puso en la vieja mochila de lienzo que pendía de su hombro y la otra la devoró vorazmente. Steventon le interrogó:

—¿De dónde viene usted?

—Del mar.

—¿Naufragado?

—Sí.

Steventon se volvió a mistress Crayford.

—Acaso haya algo de cierto en la historia de este pobre desdichado. He oído hablar de un bote que ha sido arrojado a la costa a treinta o cuarenta millas de aquí. ¿Cuándo naufragó usted?

El pobre hambriento levantó la vista de su comida e hizo un esfuerzo para concentrar sus pensamientos y ejercitar, su memoria. Pero no lo logró, y se le vio renunciar, desesperado, a su intento.

—No os lo puedo decir —contestó—. Aún no he podido arrojar de mis oídos el agua del mar. Todavía tengo en mi cerebro el brillo de las estrellas de todas las

noches y el calor del sol de todos los días. ¿Que cuándo naufragué? ¿Cuándo floté a la ventura por primera vez en mi bote? ¿Cuándo cogí la caña del timón en mi mano y luché contra el sueño y el hambre? ¿Cuándo me empezó a arder la cabeza y cuándo sentí los primeros mordiscos en el pecho? He perdido la cuenta de todo esto. No puedo pensar, no puedo dormir, no puedo echar de mis oídos el agua del mar. ¿Por qué me cansa usted con tanta pregunta? Déjeme comer.

Hasta los marineros se apiadaron de él y pidieron permiso al oficial para añadir a su alimento un poco de bebida.

—Tenemos un poco de «grag» en una botella. ¿Podemos dárselo, señor?

—Desde luego.

Cogió fieramente la botella, como había cogido el alimento, bebió un poco, se detuvo y se quedó pensativo un momento. Elevó la botella a la luz, y marcando el licor que contenía, bebió cuidadosamente la mitad. Hecho esto, metió la botella en el morral con el alimento.

—¿Lo guarda usted para otra vez? —dijo Steventon.

—Lo guardo —contestó el hombre—. No importa para qué. Ese es mi secreto.

Miró a su alrededor, y por primera vez vio a mistress Crayford.

—¡Una mujer entre ustedes! —dijo—. ¿Es inglesa, es joven? Permitidme que la mire más de cerca.

Avanzó unos pasos hacia la mesa.

—No se asuste, mistress Crayford —dijo Steventon.

—No me asusto —repuso mistress Crayford—. Me asustó al principio; ahora me interesa. Dejad que me hable, si lo desea.

Permaneció en silencio, merando con ansiedad a la hermosa dama.

—¿Qué? —dijo Steventon.

Meneó la cabeza tristemente y se echó atrás, lanzando un profundo suspiro.

—No —dijo para sí mismo—. Esa no es «su» cara. No la encuentro.

Excitado el interés de mistress Crayford, se aventuró a hablarle:

—¿A quién necesita usted encontrar? ¿A su mujer?

El hombre meneó la cabeza de nuevo.

—¿A quién, entonces?

Al contestar, su ronca voz se dulcificó poco a poco.

—Joven —dijo—. La cara bella y triste, suaves los ojos y clara y blanda su voz. Joven amante y misericordiosa. Su rostro lo guardo en mi mente, aunque no pueda guardar nada más. ¡He de errar sin descanso, sin sueño y sin hogar hasta que la encuentre! ¡Sobre el hielo y sobre la nieve, dando tumbos sobre el mar, viajando por tierra, despierto toda la noche y todo el día! ¡Errar, errar, errar hasta que la encuentre!

Agitó su mano en señal de despedida y se volvió fatigosamente para marcharse.

En ese momento Crayford abrió la puerta del patio.

—Creo —dijo— que sería mejor que fueras con Clara —empezó, y quedóse parado al advertir al extraño—. ¿Quién es este hombre?

Al oír otra voz, el náufrago volvió la cabeza y miró lentamente a su alrededor. Sorprendido por su aspecto, míster Crayford se le acercó.

—Es un pobre loco, William —murmuró su mujer—. Náufrago y desfallecido.

—¿Loco? —repitió Crayford, aproximándose cada vez más al hombre—. ¿Estoy en mis cinco sentidos?

De repente saltó sobre el vagabundo y le asió por el cuello.

—¡Richard Wardour! —gritó furioso—. ¡Vivo! ¡Vivo para responder de Frank!

El hombre luchaba y Crayford seguía sujetándole.

—¿Dónde está Frank, villano, dónde está?

Cuando este nombre salía de sus labios apareció Clara en la puerta del patio y se precipitó dentro de la habitación.

—¡He oído el nombre de Richard y el de Frank! ¿Qué significa todo esto?

Al oír el sonido de su voz, el vagabundo renovó la lucha con unas fuerzas frenéticas que Crayford no pudo resistir, y escapó antes de que los marineros pudieran acudir en ayuda del oficial. En el centro de la habitación, Clara y él se encontraron cara a cara. En los ojos del desdichado brilló una nueva luz, y de sus labios brotó un grito de reconocimiento. Agitó una mano en el aire y gritó: «¡Encontrada!», desapareciendo por la playa antes de que ninguno de los presentes pudiera detenerle.

Mistress Crayford rodeó con sus brazos a Clara y la sostuvo. No había hecho un movimiento ni hablaba una palabra. La vista de la cara de Richard Wardour la había petrificado.

Pasados unos minutos, se oyeron de pronto ruidosas aclamaciones de los marineros cerca del lugar donde los pescadores embarrancan sus botes. Todos dejaban su trabajo y agitaban sus gorras. Los pasajeros que estaban más próximos se contagiaron del entusiasmo y se unieron a la tripulación. Momentos después, Richard Wardour aparecía de nuevo en la puerta llevando un hombre en sus brazos. Tambaleándose y sin aliento por el esfuerzo que hacía, se acercó al lugar donde se hallaban Clara y mistress Crayford.

—¡Salvado, Clara! ¡Lo he salvado para usted!

Soltó al hombre y lo puso en brazos de Clara.

¡Frank! Llagado de los pies y cansado, pero vivo y salvo. ¡Salvo para ella!

—Y ahora, Clara —dijo mistress Crayford—, ¿quién de las dos tenía razón? ¿Yo, que creía en la bondad de Dios, o usted, que creía en los sueños?

Clara no contestó, ocupada en mirar a Frank con muda adoración. En su alegría de verle vivo, no había dirigido la vista hacia Richard Wardour, que, paso a paso, retrocedió, dejándolos solos.

—Ahora puedo descansar —dijo débilmente—. Puedo dormir al fin. La tarea y la lucha han terminado.

Había dado a Frank sus últimas reservas de energía. Se detuvo temblando; sus manos se agitaron, buscando un apoyo, y a no ser por su fiel amigo, hubiera caído al suelo. Crayford le cogió y le tendió suavemente sobre unas velas que había en un rincón, haciendo descansar la cansada cabeza en su propio pecho. Las lágrimas corrían por sus mejillas:

—¡Richard, querido Richard! ¡Acuérdese de mí y perdóneme!

Wardour no prestaba atención ni le escuchaba. Sus tristes ojos seguían mirando a Clara y a Frank.

—Los he hecho felices —murmuró—. Ahora ya puede mi cabeza descansar en la madre tierra, que acoge en su silencio y en su reposo a todos sus hijos. ¡Sucumbe, corazón! ¡Sucumbe y descansa! ¡Mírelos, ya me han olvidado! —le dijo a Crayford, en un arranque de acendrada pena.

Y era cierto. El interés se había concentrado en los dos enamorados. Frank era joven, hermoso y popular. Oficiales, tripulantes y marineros agolpábanse en torno suyo. Todos olvidaban al mártir que le había salvado, al hombre que moría en brazos de Crayford.

Crayford intentó otra vez atraer su atención, hacer que le reconociese antes que fuera demasiado tarde.

—¡Richard, hábleme! ¡Hable a su antiguo amigo!

Miró en derredor suyo y repitió vagamente las últimas palabras de Crayford.

—¿Amigo? —dijo—. Mis ojos se oscurecen, amigo, y mi mente está embotada. He perdido todas las memorias, excepto la memoria de «ella». Pensamientos de muerte. Todos pensamientos de muerte, excepto ése. ¡Y aún me mira usted bondadosamente! ¿Por qué la cara de usted se ha borrado de mi mente con el naufragio de los demás recuerdos?

Hizo una pausa. Se le mudó la faz, y los pensamientos retrocedieron del presente al pasado. Miró a Crayford vagamente, perdido en las terribles añoranzas que ante él iban elevando.

—Escúcheme, amigo —murmuró—, y que nunca sepa Frank lo que voy a decir. Hubo un tiempo en que dentro de mí había un demonio sediento de su vida. Tenía yo puestas las manos en el bote, y la voz de la tentación me hablaba así: «¡Hazte a la mar y déjale morir!» Esperé; mis manos seguían asidas al bote y la vista fija en el sitio donde él dormía. «¡Déjale, déjale!», —murmuraba la voz de la tentación—. Y la voz del mozo contestaba murmurando en un sueño doloroso: «¡Ámale, Clara, por el auxilio que me presta!» Oí al viento mañanero elevarse en silencio sobre el Océano; oí de cerca y de lejos el chocar de los hielos flotantes en el agua clara y en el aire embalsamado. Y la malvada voz se alejó flotando, se alejó para siempre. «¡Ámale,

Clara, ámale por el auxilio que me presta!» No hubo viento que se llevara esto. «¡Ámale, Clara...!»

Su voz se hundió en el silencio y cayó su cabeza sobre el pecho de Crayford. Frank lo vio, y marchando sobre su pie sangrante, separó a los amigos que le rodeaban. Frank no había olvidado al hombre a quien debía su salvación.

—¡Dejadme que vaya con él! —dijo—. ¡Quiero y debo ir! ¡Clara, venga conmigo!

Clara y Steventon le llevaron, cada uno de un brazo, hasta donde estaba Wardour. Frank se arrodilló delante de él y le puso la mano en el pecho.

—¡Richard!

Se abrieron de nuevo sus cansados ojos y su voz desfallecida sonó débilmente.

—¡Ah, pobre Frank! No le olvidé cuando vine aquí a pedir. Recordé que estaba usted tumbado a la sombra de los botes y le reservé su parte de alimento y de bebida. Ahora estoy demasiado débil para ir allí. Un pequeño descanso, Frank, y pronto estaré fuerte para embarcarlo.

Todos advirtieron que el fin se acercaba. Los hombres descubrieron respetuosamente sus cabezas en presencia de la muerte. Frank, en un momento de desesperación, apeló a los amigos que le rodeaban:

—¡Dadme algo que le dé fuerzas, por amor de Dios! ¡Nunca hubiera estado yo aquí, si no fuera por él! El dio toda su fuerza a mi debilidad, y ved ahora cuán fuerte estoy yo y cuán débil está él. ¡Clara! Él me ha llevado en sus brazos sobre la nieve y sobre el hielo, me ha velado cuando yacía insensible en el bote y me ha arrancado de las olas en el naufragio. ¡Hablale, Clara, hablale!

Le faltó la voz y dejó caer su cabeza sobre el pecho de Wardour.

Cuando las lágrimas se lo permitieron, Clara habló:

—¡Richard! ¿Se ha olvidado usted de mí?

El sonido de la voz amada le hizo abrir los ojos, y los fijó en ella, que se había puesto de rodillas a su lado.

—¿Olvidarla? —dijo, sin dejar de mirarla; levantó la mano y la apoyó en Frank—. ¿Hubiera sido yo lo bastante fuerte para salvarle si la hubiera olvidado?

Hizo una pausa y volvió débilmente su cara hacia Crayford.

—¡Esperad! —dijo—. Alguien estuvo aquí y me habló... ¡Ah, Crayford! Ahora recuerdo. ¡Querido Crayford, acérquese! Mi mente se aclara y mi vista se oscurece. ¿Le quedará un buen recuerdo de mí? ¡Pobre Frank! ¿Por qué oculta la cara? ¿Está llorando? Más cerca, Clara. Necesito verla por última vez. ¡Clara, hermana mía, béseme antes de que muera!

Clara se inclinó y le besó en la frente. Una débil sonrisa tembló en sus labios, y la calma de la muerte, desvaneciendo la sonrisa, se hizo dueña de su faz.

La voz de Crayford rompió el silencio.

—Nuestra es la pérdida —dijo—, y suya la ganancia. Ha hecho la mayor de todas las conquistas: la conquista de sí mismo, y ha muerto en el momento de la victoria. Todos los presentes viviremos para envidiar su gloriosa muerte.

El lejano estampido del cañón anunció que había llegado la hora del regreso a la patria.



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armada* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Will* (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo

Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.